



Editorial "ODAS"

Buenos Aires

PÓRTICO

Hay, en la naturaleza, paisajes que abruma con su imponente grandeza, en los que el encanto de la admiración se pierde en lo que difícilmente abarca la mirada del hombre: montañas, cataratas, ríos y bahías. Y los hay que compiten con aquéllos por su apacible belleza, y los superan en gracia, en sugestión poética.

En los hombres que han sabido embellecer su vida con sus hechos, lo mismo que en la naturaleza inanimada -¿inanimada?-, se observa esa diferencia, de aspecto más que de calidad, en el panorama de su actuación. Quiénes, por una gran acción, se levantan a la admiración de las gentes como imponente montaña o precipitan eficazmente sus energías en un hecho como soberbia catarata; y quiénes, en hecho de menor magnitud cuya continuidad hace su grandeza, muestran más bellamente su fibra heroica y su envergadura moral, ofreciendo al observador la sugestión de los manantiales, las cascadas, los arroyos y las quebradas.

La belleza no está en el tamaño. Es, sobre todo, armonía: armonía de la forma, la belleza plástica; y también de los conceptos, la literaria; armonía de los hechos con el espíritu, la belleza de una vida humana. Y a esta soberana armonía se aúna, en ciertas vidas, la armonía con la propia naturaleza del teatro de su acción y la compenetración con los hombres que en ella conviven. Tal la de nuestro héroe, Martín Miguel Güemes, en cuyo estudio entraremos, con este breve trabajo, conscientes de la imposibilidad de resumirlo, sino en salientes aspectos. La autora se daría por satisfecha si lograra un sugestivo apunte, una mancha feliz, un fiel perfil, una impresión en suma.

La naturaleza hace, muchas veces, a los accidentes de una vida. El teatro natural de la acción va predisponiendo los sentidos y la mentalidad del futuro protagonista. Hombre hecho a la medida de su escenario, en ese anfiteatro de sierras y quebradas, riachos tortuosos y tupidos bosques de la tierra salteña, fue Güemes, y con él sus hombres, para quienes la táctica de la guerra gaucha fue como algo presentido. Ello explica la general incomprensión de los extraños a Salta, tanto los criollos, aun personalidades como Belgrano, que no supieron

valorarla, cuanto los militares españoles, tan expertos y probados todos, que no acertaron a adecuar su táctica al género de luchas que se les oponía. Hubo, empero, dos excepciones significativas: la de San Martín, dominador de montañas, hecho a la guerra en la montañosa España, y la del porteño Juan Martín de Pueyrredón, principalísimo colaborador en los planes de aquél. Ambos coincidieron en la necesidad de reponer a Güemes en el mando para asegurar la defensa del Norte, de cuya eficacia dependería el desarrollo de los designios sanmartinianos.

Había un escenario natural y un numeroso conjunto de actores hechos a él, pero para la puesta en escena de tamaña acción ininterrumpida, de cuadros breves e intensos, como la guerra gaucha, se necesitaba el director que San Martín y Pueyrredón designaron. Porque lo más valioso de Güemes no fue su bravura y su pasión, sino su inteligente dirección. Tanto entre los criollos como en los españoles abundaban los bravos, lo mismo que entre los patriotas los igualmente apasionados, pero acertado director no hubo ninguno: todos fracasaron lastimosamente, hasta que entró a actuar Güemes.

Una gran batalla es un conjunto de acciones y reacciones entreveradas, de índole y elementos diversos, en las que ciertos factores imponderables suelen desbaratar los planes mejor estudiados. La magnitud de la acción conjunta la hace escapar en cierto modo a la inteligencia directora, sustituida por la de quienes dirigen cada una de las acciones y reacciones. Sabido es que muchas veces el acierto de uno de éstos decidió la esquivada victoria.

La campaña de Güemes fue una gran batalla, de acciones y reacciones escalonadas en el tiempo, por lo que pudo hacerse siempre presente en ellas su genio director, claramente advertido en el detalle y el conjunto, en los bien medidos planes audaces y en las perfectas realizaciones.

La vida de Güemes fue breve y ardiente como cada acción de sus guerrillas. Y así como cada una de ellas logró su objetivo, él logró el suyo, cuyo éxito final estaba ya asegurado cuando fue herido de muerte sorpresivamente. Su conducción había sido tan eficaz, que la campaña pudo completarse brillantemente sin su

presencia material. Es virtud de gran maestro conseguir educar a sus discípulos para que puedan valerse sin él.

Todo lo que enaltece al héroe, realza también a su pueblo. Todos lucharon por la misma causa de consuno y se consagraron en la historia. Si grande fue el protagonista personalizado; grande fue también el conjunto de innominados actores. Por eso cuanto se diga de aquél, queda dicho del patriótico pueblo.

GÜEMES

El hombre y sus hechos

Detrás de hervor de las montoneras disciplinadas, al pie del cerro San Bernardo, acechando los pasos y las andanzas de las tropas españolas, peregrinando por los caminos que llevan al Norte, custodiando a la Patria y batiéndose por ella, está el Gran Capitán de la guerra gaucha, el hijo principal que Salta entregó a la historia: Martín Miguel Güemes.

Su biografía participa de la historia y de la leyenda. Hombre y centauro al par, es desde el primer momento el nervio militar y político de la Revolución de Mayo en las provincias del Norte argentino. Es el heraldo de ese anhelo de libertad que impulsa al país al cumplimiento de su glorioso destino de Nación.

Entre las grandes figuras de la argentinidad, pocas tienen el heroico perfil de bronce del excepcional caudillo y conductor de hombres que fue el General Martín Miguel Güemes. Su espíritu tuvo la virtud forjadora para templar el alma de los gauchos que, a punta de lanza, conquistarían la libertad y demolerían la tiranía goda.

Nació en Salta el 7 de febrero de 1785. Fue el segundo hijo de don Gabriel de Güemes Montero. He aquí el acta de bautismo: “En esta Iglesia Matriz de Salta, en 9 de febrero de 1785, yo, el Cura Rector más antiguo, exorcicé, bauticé y puse óleo y crisma a Martín Miguel Juan de Mata, criatura nacida de dos días e hijo legítimo de don Gabriel de Güemes Montero y de doña María Magdalena de Goyechea y la Corte. Fueron sus padrinos de agua y óleo don José González de Prada, contador ministro principal de real hacienda, y doña María Ignacia Cornejo, y para constancia lo firmé. Dr. Gabriel Gómez Recio” (1).

Desde muy joven dejó entrever un carácter dominador, aunque vivamente inclinado a las distracciones, como lo probó en Buenos Aires al incorporarse al Regimiento Fijo. Pero en plena juventud su espíritu se serena, y enfrenta los problemas de la hora con la decisión y la responsabilidad de un hombre consciente de su destino.

Su psicología responde al ambiente en que se educa y éste lo prepara, a su vez, para las grandes hazañas, que habrían de inmortalizarlo, lo mismo que para la acción política.

Hijo de nobles, sabe penetrar en el espíritu de los campesinos; desde su infancia simpatiza con ellos, y aún sin creer en las leyendas de niños prodigios, nos imaginamos que en el caso de este espíritu fogoso, el recuerdo de las hazañas de su abuelo y los relatos que a cada instante oyera de labios de gente que conocía de cerca, han de haber contribuido, y no poco, a su formación espiritual.

En la permanente lucha que hubo de librarse contra los indígenas, cuyo ataque siempre sorpresivo, siempre angustiante, siempre destructor, mantenía en continuo sobresalto a las poblaciones, Salta misma había sido fundada como una avanzada de esa lucha.

La determinación del destino de los hombres suele tener la colaboración del ambiente de su infancia, que los predispone para el futuro, tal como en el caso de Martín Miguel Güemes. Siempre es hermoso el despertar de la infancia, pero cuando en ésta madura una fuerte personalidad, el prodigio alcanza la hermosura de lo inefable, cual ocurrió con nuestro héroe.

Luminoso amanecer bajo el azul cielo del agreste paisaje salteño, donde corren leyendas heroicas de epopéyicos encuentros con los aguerrido indios calchaquíes y del Chaco gualamba. Y como la infancia es toda imitación, el ansia de ser como los abuelos o como los padres, prende en los corazones infantiles. Martín Miguel Güemes tiene, entre sus antepasados, espadas con brillo que alcornian sus blasones. Uno de ellos era don Francisco de Argañaraz y Murguía, fundador de la ciudad de San Salvador de Jujuy, y otro, el célebre conquistador don Hernán Mejía de Mirabal, suegro de Argañaraz ⁽²⁾.

Muchas tardes y muchas mañanas, los hombres que trabajaban la tierra de la vieja heredad, vieron un jinete, apenas visible sobre su caballo, correr a campo traviesa con peligro de la vida, desaparecer y reaparecer entre los árboles y, como agujoneado por extraño impulso, arrojar su lazo o sofrenar su briosa cabalgadura.

⁽¹⁾ Atilio Cornejo, Güemes, pág. 46.

⁽²⁾ Atilio Cornejo, ob. Cit., pág. 24

Otras veces, cerro arriba, repechaba la pendiente con sus amigos, esos mismos amigos que, ya hombres, estarían a su lado en la hora de la acción común contra el enemigo de la patria y contra los adversarios políticos, ambiciosos de poder.

Aquel joven jinete que entusiasmaba a los gauchos con su arrojo y su habilidad era Martín Miguel Güemes. Siempre afanoso de acción, gustaba simular ataques, de cuyas guerrillas era el jefe indiscutido. Impetuoso, infatigable, penetrante la mirada aguileña, en todo se mostraba diestro, pues, aún adolescente, fue gaucho perfecto en todos los juegos comunes en el campo y hasta en las faenas camperas.

Los gauchos se alegraban de la presencia de ese niño que parecía ser uno de ellos, por su destreza y agilidad, y sabían apreciar, además de tales cualidades, su naturaleza bondadosa, exquisito trato y otras prendas de su noble ascendencia.

Esas correrías de su infancia, esas espontáneas manifestaciones de su carácter, nutrieron el alma del que luego habría de ser acatado caudillo. Cuando hombre, ya jefe de esos másculos salteños que tenían en jaque al godo, recordará a menudo escenas y hombres lejanos: los gauchos, los esclavos, los indios amigos de su padre.

De entre tales recuerdos uno avanza con intensidad potente. Una noche, en torno al rojo fogón, varios hombres conversan. Tienen los rostros curtidos por la intemperie y un mirar fuerte enciende sus pupilas. Algunos de ellos aparentan diabólicas figuras, cuya impresión acentúa la luz de la improvisada llama. Mientras uno recuerda en voz alta algunas hazañas, otros meditan, grabada en la mente de todos la imagen de algún malón de indios sobre la ciudad. Y no faltan los que ostentan cicatrices a modo de condecoración. Entre todos ellos se destaca uno, muy anciano, que hace evocaciones lentas como si las paladeara. –Recuerdo, dice, hace más de treinta años, cuando atravesamos la línea de la frontera, partiendo del Fuerte de Cobos, rechazando a los indios hasta los mismos cerros. Había que ver al General Goyechea, abuelo de este niño, matar y dar batalla a la par de sus hombres.

Las miradas se volvían al niño, palpitante de atención. Y tras una pausa, el anciano proseguía:

-La muerte parecía no existir para él. Alguna que otra vez silbaba una flecha junto a su yelmo, pero ni caso le hacía... Había que avanzar; en ello iba la seguridad de la familia y la honra de cada uno. ¡Bravo gaucho el General! Ese día fueron muchos los que no volvieron, pero por mucho tiempo la indiada no reincidió; los castigamos fiero.

Otros hechos recordaba el anciano: por ejemplo, la terrible invasión que desde el Chaco llevaron a cabo los indios en 1775. Primero destruyeron los fuertes de Balbuena y San José, y luego invadieron el de Cobos. Salta hubiese sido destruida de no mediar la intervención del milagroso San Bernardo. Al nombrar al santo, el anciano se descubre, en señal de veneración. El alma del niño se quedaba sobrecogida, toda trémula de coraje, y la imaginación volaba a regiones de ensueño donde los hombres vivían jornadas heroicas.

La lucha será el permanente campo de su vida, marcado en él, de muchacho, al despertársele la vocación por las armas. Antes de que ingrese a la Milicia, procuran sus padres que su mente se llene un poco de latines y nociones útiles, en el Colegio Carolingio de Buenos Aires. Cuando de aquellas aulas regresa a su provincia, a su Ciudad, a las estancias familiares, se enrola como cadete en el regimiento de Infantería de Buenos Aires, 3er. Batallón de la 6ª Compañía, destacado en Salta.

Su fuerte vocación facilita el aprendizaje. El muchacho que aprendió habilidades, experiencias y virtudes de la vida rural, en los campos de propiedad paterna, no hallará dificultad alguna en asimilarse a la vida militar del campamento. Martín Miguel Güemes está hecho para la guerra, para la guerra justa.

Cuando se incorpora al Regimiento Bonaerense, destacado en la provincia, tienen 14 años, buena edad, buen aprendizaje: “seis años de la juventud de Güemes –ha escrito su escrupuloso historiador moderno, Atilio Cornejo- se cumplieron por éste consagrado a la carrera de las armas, en su propio medio, circunstancias que

debieron modelar su espíritu y su orientación militar de modo que no resultan extraños sus métodos adoptados posteriormente en la guerra gaucha que le diera fama”.

Sus años de adiestramiento en la Milicia son años de ensayo salteño. En aquel muchacho se estaba adiestrando el Caudillo de los gauchos. Pero no todo sería aprendizaje. Martín Miguel Güemes ha bajado a Buenos Aires; tiene 20 años. Por el río han llegado los invasores ingleses. Imaginémonos el ardor de su sangre criolla ante la invasión. ¡Ah, si él pudiese salir a *torear* a esos hombres rubios! La ambición se hará realidad. Es el momento en que tendrá su bautismo de guerra. Su sable será desenvainado para enfrentar y vencer a los enemigos de su tierra. Luego podrá escribir Dionisio de Puch, su cuñado, al respecto de este bautismo de Martín Miguel:

“Su genio emprendedor, audaz, inteligente, que más adelante había de llamar sobre sí todas las miradas de sus contemporáneos, se reveló ya robusto, portentoso en esa resistencia heroica contra las numerosas y aguerridas huestes de Whitelocke y Beresford, que mordieron la tierra que osaron invadir”⁽³⁾.

Las crónicas sobre Güemes correspondientes a esos años de vísperas y de prueba para la Patria, nos dicen que un buque inglés, el “Justina”, con 26 cañones, se había acercado a Buenos Aires, siendo fácilmente avistado por los centinelas de la ciudad. Llevaba a su bordo, según las referencias de Alejandro Gillespie, que por aquellos años visitó el país, recogiendo en un libro sus impresiones, un centenar de marineros de la escuadra inglesa, con sus oficiales. “El día de nuestra rendición –dice en su libro- peleó bien y con sus cañones impidió todos los movimientos de los españoles no solamente por la playa, sino en las diferentes calles que ocupaban, también expuestas a su fuego”. Era, pues, el tal buque, un enemigo serio, pero ocurre lo extraordinario, lo excepcional, lo inusitado: “Este barco ofrece un fenómeno en los acontecimientos militares –prosigue Gillespie-, el haber sido abordado y tomado por caballería al terminar el 12 de agosto, a causa

⁽³⁾ Cita de Atilio Cornejo, ob. cit. Pág. 50-51.

de una bajante súbita del río”.

Hecho admirable: un grupo de gauchos se lanza sobre la playa a dar batalla a los marineros de la escuadra inglesa. Esos gauchos era, ya podemos emplear la expresión que se popularizará después, *gauchos de Güemes*, pues Martín Miguel Güemes es el joven héroe de la hazaña de rendir, con una caballería de paisanos, a un barco de la escuadra enemiga, en las playas del río.

Atilio Cornejo recuerda en su documentada biografía que el Virrey Liniers, en cuanto tuvo aviso de la aproximación y situación del barco inglés, dio instrucciones a Güemes de comunicarse con Pueyrredón, para que la caballería tomara a su cargo el dar batalla a la nave.

“Menos tardó el ayudante Güemes –dice Pastor S. Obligado, citado por Cornejo- en recibir la orden que en transmitirla, como los gauchos de Pueyrredón, ganosos porque no se les escapara la presa, en salir a galope tendido por la playa. Con el agua al encuentro de sus caballos, rompían el fuego las tercerolas, cuando asomó el jefe, haciendo seña con un pañuelo blanco desde el alcázar de popa, rindiéndose...”.

El actor de esta victoria fue el joven Martín Miguel Güemes, quien lució inmediatamente el grado de Alférez, y más luego el de Teniente de Milicias de Granaderos del Virrey Liniers. Como vemos, la primera hazaña del salteño, preparado, hecho para la guerra en su región, no se verificó en el escenario de donde era hijo, sino en la playa del Río de la Plata.

Salta lo estaba esperando. Salta era su hogar, era su inquietud, era su causa, y sería su guerra. La rica provincia, de acuerdo al pensamiento de los realistas, debía constituir uno de los fuertes de la contra-revolución. En ella habrían de encontrarse las tropas de la contra-revolución cordobesa de Liniers y los ejércitos del poder realista del Alto Perú. Pero estos planes fueron destruidos, porque Salta y su Cabildo decidieron, tras de las primeras escaramuzas de los realistas y del arrojo patrio, secundar los propósitos de Mayo.

En aquellos días inquietos, “Güemes aparece en Salta –dice Cornejo- como el heraldo de la Revolución de Mayo”. Cuando el movimiento revolucionario

comienza a hacer la guerra, el joven Güemes es el brazo armado de la Revolución en Salta. Cuando los patriotas salteños requieren los servicios de un hombre discreto, sagaz y, además, valeroso, dan con él. Su misión será de guerra y secreta a la par. La Junta Gubernativa pone bajo su comando, el comando de este joven de 25 años, una partida de 60 buenos jinetes, para avanzar por los caminos que llevan al Norte y enfrentar a los enemigos de la Revolución que traman la resistencia y la invasión desde Potosí.

En la historia del héroe máximo de la Patria, dice Bartolomé Mitre, el historiador prócer: “La primera manifestación popular de la población de Salta, que acusó desde un principio una predisposición nativa, fue la organización de su milicia cívica, con caracteres espontáneos y originales, obrando con independencia y por inspiración propia en sus medios de ataque y defensa. Organizada, en 1810, la guardia urbana de infantería por alistamientos voluntarios de jóvenes, llamados entonces *nobles* o decentes, surgió de improviso del seno del pueblo una partida de caballería de campesinos, con instintos de cosacos y calidades de mamelucos, pero con tendencia y formas nuevas, acaudillada por un oficial destinado a ilustrarse por hechos memorables. Era éste el teniente Martín Güemes”.

Todavía no ha comenzado la guerra gaucha. Esos 60 hombres son gauchos, pero están bien armados, forman parte de una disciplina regular. La guerra gaucha vendrá después, de entre los fracasos de los ejércitos lanzados por Buenos Aires, por los difíciles caminos del Alto Perú, en donde acechaba el godo. Por ahora los gauchos de Güemes hacen la guerra al dictado de los planes militares de la Revolución. Sus primeras acciones vienen a demostrar que ellos eran tan capaces para una lucha regular, como para una guerra de recursos.

¿Cuál es la misión de Güemes y de sus 60 jinetes? Avanzar por los arduos caminos del Alto Perú, es decir, preparar la ruta que se proponen recorrer los ejércitos enviados por Buenos Aires. Misión llena de riesgos. Para cumplirla, se requieren discreción, audacia y coraje. Adecuada misión para ese oficial de 25 años.

Cornejo, siempre tan escrupuloso en sus afirmaciones, rigurosamente documentadas, nos dice que el joven oficial era “el confidente y hombre de confianza de la Junta ante los Pueblos del Alto Perú, encargado de preparar el camino de la expedición libertadora que avanza a las órdenes de Balcarce y Castelli. Antes de la llegada de estos últimos, ya está Güemes en campaña...”. Fue, esto es, el primer brazo que se arma en el Norte de la República para bregar con pasión, con heroísmo y con audacia por la Libertad.

Ya avanzaba hacia el altiplano. Ya las cabalgaduras de sus jinetes han ganado distancias y atravesado poblados, tras la aventura emancipadora. Al llegar a Humahuaca, se detienen. De acuerdo con instrucciones del Coronel Diego José de Pueyrredón, establecen su cuartel y su misión observadora en la quebrada: es un inmenso balcón propicio para el vigía de la Revolución Libertadora. Su partida vigila, hace ronda, recorre los caminos en plan observador, recoge información. Salta puede estar tranquila en esos momentos: está defendida al Norte por un puñado de bravos gauchos y un joven jefe, discreto y decidido.

El día 22 de septiembre del año primero de la Patria, este joven jefe luce los galones de capitán. La tarea de observación que cumple esa partida no significa que sus armas permanezcan ociosas. Los patriotas en ronda se encuentran con soldados realistas, y se producen las primeras escaramuzas de la guerra en esa región.

Bernardo Frías, benemérito historiador de las glorias del caudillo y de su provincia, señala que aquella escasa tropa significaba “una verdadera avanzada de las fuerzas patrióticas, con todos los caracteres de una vanguardia por su acción”. Cada día se amplía el radio de acción, cada hora son más preciosos los informes que esos observadores recogen sobre las fuerzas, movimientos y planes del enemigo. La partida corta comunicaciones y se entera de hechos ocurridos en Potosí mismo, centro de los planes realistas. Cuando el Virrey limeño solicita al General Goyeneche informaciones acerca del estado de las Provincias del Río de la Plata, el General debe confesarle que nada ha podido saber, que nada sabe, que

nada sabrá... ¿Por qué? Porque entre el Alto Perú y el Río de la Plata, interrumpiendo todas las comunicaciones, está Güemes, nada menos.

Mientras tanto se acercan a Salta las fuerzas que envía Buenos Aires, para contender con el ejército realista del Alto Perú. Salta ha contenido la invasión realista. Ahora las tropas de Buenos Aires seguirán en su búsqueda por esos caminos que Martín Miguel Güemes y sus 60 bravos jinetes han despejado de emisarios enemigos. El 4 de octubre de ese año primero de la Revolución se ve, desde la ciudad, el paso de los soldados de Buenos Aires en dirección al Alto Perú, al mando de Balcarce. Salta no se conforma con verlos pasar; Salta contribuye siempre a la causa de la Libertad como ha venido haciéndolo desde el primer momento, como siempre lo hará. Bien dice Atilio Cornejo: “Salta carga con todo el peso de la guerra sobre sus hombros. La guerra se hace en el alto Perú, puede decirse, con las arcas fiscales de Salta, con sus hombres, con sus armas”.

El 7 de noviembre de 1810, es día memorable: ese día se libra la batalla de Suipacha.

Hagamos un alto: estamos frente a la primera batalla entre las armas de la Revolución de Mayo y las del Rey de España. Pero, para mayor precisión, podemos afirmar, siguiendo al ilustre salteño Miguel Otero, en su obra “De Güemes a Rosas”, cap. I titulado: Observaciones al parte de la batalla de Suipacha, punto 3, “que la acción no fue entre el Ejército Patriota y el del Rey, sino entre la división de Salta al mando de Güemes y una columna de 700 a 800 hombres destacada por Nieto al mando de Córdoba, como su Jefe de Estado Mayor, en persecución de Güemes después de su rechazo en Cotagaita el 27 de octubre”.

Puntualiza el ilustre salteño, con su autoridad de contemporáneo de los hechos, que advirtiendo Güemes no contar con fuerzas suficientes para seguir enfrentando a Nieto en Cotagaita, después de haberlo intentado y ser rechazado a causa de sus menores recursos, se alejó, tiroteando al enemigo, en una “retirada que haría honor al militar más experimentado y a la tropa más aguerrida”. “Güemes –continúa Otero-, calculando sin duda la sorpresa y confusión que debía causarle a Córdoba el verse atacado por quien él creía que venía en fuga, resolvió

tomar la ofensiva, y volviendo caras a la madrugada del siguiente día 7 de noviembre, lo atacó de improviso en su mismo campamento de Suipacha, y lo derrotó completamente, dispersándose toda su tropa y poniéndose él mismo en precipitada fuga”.

Otero se funda en la relación de un sargento de la división de Nieto, que perteneció a la dispersada columna de Córdoba. “dicho sargento llegó a Chuquisaca el domingo 11 del mismo noviembre de 1810, a mediodía, es decir, a los cuatro días de la acción, quien sin duda corrió día y noche para andar tanta distancia en tan corto tiempo, de caminos tan quebrados, por lo que al principio no se le daba crédito, a pesar de que lo afirmaba como un hecho, hasta que sucesivamente fue confirmándose por los de una y otra parte que llegaban a dicha ciudad; teniendo desde entonces por verdaderos estos acontecimientos en el orden expresado”.

La relación de Woodbine Parish coincide con la de Otero en adjudicar a Güemes los laureles de esa victoria, en la que, más que las artes militares y los recursos del ejército victorioso, actuó la astucia.

Y no son los de Otero y Parish los únicos testimonios a favor de Güemes. Sin embargo, el parte de la batalla, suscripto por el representante de la Primera Junta, Castelli, no menciona al caudillo salteño. Castelli desconoce toda posible actuación de Güemes en la batalla. ¿Injusticia del emisario de Buenos Aires? Evidentemente.

De no haber sido Güemes el actor principal de la jornada, fue uno de los principales. Tal es la conclusión que extrae del análisis de los hechos y de sus antecedentes el Dr. Bernardo Frías en el II tomo de su documentada historia: “Fue en aquella época general opinión entre los pueblos del Norte, y en verdad afirmada por los contemporáneos y escritores, de haber sido Güemes quien organizara y dirigiera la batalla, atribuyéndosele por esto los laureles de la victoria”; y hasta el Cabildo de Salta, 8 años más tarde, pregonando ante el Gobierno sus méritos en la acción, decía que Güemes, luchando con intrepidez, allí “se cubrió de gloria en tan plausible victoria, donde ya se advirtió en él un valor capaz de arrostrar los

peligros complotados”. Por su parte, Bernardo Frías, procurando ofrecer un juicio imparcial y objetivo, sostiene: “No es dable en la victoria afirmar tan absoluto y elevado mérito”; pero, si “no hay prueba bastante para decir que fue obra exclusivamente suya, sí la hay, en verdad, recordando los hechos que precedieron, para mostrar la gran intervención que tuvo Güemes en el suceso, y cuál sea la parte de gloria que por lo menos debe ser suya”.

La polémica podría reabrirse para establecer la verdad. Por nuestra parte, nos permitimos apreciar, a la distancia de los años y las posteriores acciones militares de Güemes y sus gauchos, que la operación determinante de la victoria de Suipacha tiene mucho de afín con las operaciones de la guerra gaucha.

No es extraño, pues, que pese al injusto olvido de Castelli, Güemes haya sido tenido por artífice principal de la victoria, pues él representaba allí, por su conocimiento del terreno y de las posibilidades, el genio de una guerra de sorpresas.

En esa jornada, las bajas patriotas fueron de un muerto y 12 heridos; en tanto los realistas dejaron 40 cadáveres en el campo de batalla, más 150 heridos y buen número de prisioneros. La acción duró apenas una hora. Son éstas características que revelará después mayormente, en el curso de la guerra gaucha, el caudillo vencedor.

Después de Suipacha, sufre reveses la suerte personal de Martín Miguel Güemes. Castelli no lo quiere. Acaso el General Viamonte tampoco. El caso es que el hombre que había prestado relevantes servicios a la Patria, tales como despejar los caminos al Alto Perú para el paso del ejército patriota y decidir el triunfo de Suipacha, es separado del mando de su división, y ésta, su creación, disuelta luego. ¿Qué había ocurrido? ¿Celos? ¿Disputas? ¿Resentimientos?...

El ejército patriota ha llegado a Potosí; Güemes es remitido a Salta; y cuando ese ejército vuelve derrotado, entra de nuevo a actuar el vencedor de Suipacha. De ello da constancia un informe de Juan Martín de Pueyrredón. El ejército ha abandonado a Potosí, el ejército se retira, y Güemes sale a su encuentro a ofrecerle ayuda. Cuando el ejército se reorganiza con Pueyrredón, Güemes marcha a su

vanguardia con 250 hombres; su sable, joven y ya veterano, vuelve a dar que hacer a las patrullas realistas. En todas las jornadas, el oficial salteño desempeña tareas principales, que requieren coraje y abnegación. Según el parte de batalla dado por Díaz Vélez el 13 de enero de 1812, en el combate del Nazareno librado el 12 de enero de 1812, el ejército patrio luchó denodadamente, siendo adversa la jornada para los patriotas; intervinieron en la misma acción, el teniente coronel Don Martín Güemes, los Comandantes de artillería, Capitán de Dragones Don Francisco Balcarce; el de igual clase de infantería ayudante de campo Don Juan Francisco Toyo; Comandante de Dragones Capitán Feliciano Hernández; el de igual clase Don Antonio Rodríguez y el Capitán de Infantería Don Rafael Ruiz, del cuerpo de reserva. Los jefes antes citados actuaron de acuerdo al plan que puso en ejecución Díaz Vélez. Al tener conocimiento de esta derrota, el General Pueyrredón, desde Humahuaca pide su relevo. Entregando el mando al General Belgrano, en Yatasto, el 26 de marzo de 1812.

Pero antes de la transferencia del mando Güemes es destacado a Tarija, el 20 de enero de 1812, en procura de ganado para el ejército auxiliar, regresando con 300 caballos a Yavi. En el trayecto es atacado por una partida realista, en la falda de Chocloca, a la que inflige una derrota, con un centenar de muertos, entre ellos el Capitán Doloberrey del regimiento real de Fernando VII, mientras los patriotas sufrieron 17 bajas; Güemes destaca la acción del valeroso guerrillero Uriondo, en el parte a sus superiores.

Pueyrredón deposita gran confianza en Güemes y acude a él cada vez que es menester encargar una comisión importante; así lo envía nuevamente a Tarija donde había estallado una conspiración realista, a la que sofoca, obrando con tanto tino como valor y audacia; apresa a los complotados, se incauta de abundante material de guerra, y está de regreso en Humahuaca el 1º de febrero de 1812.

En Salta, Güemes y las partidas que se armaron en la ciudad y campaña, la defienden a su modo del ejército invasor.

Pero, a pesar de su sobresaliente actuación, el aguerrido oficial vuelve a caer en desgracia. Belgrano no lo quiere, y debe bajar a Buenos Aires, inactivo su brazo

hecho para la guerra del Norte, donde se están batiendo, con suerte varia, las armas de la Patria. Las manifestaciones de Belgrano con respecto a Güemes, no concuerdan con las hechas por Pueyrredón y Díaz Vélez, por cuanto sus partes no podían ser más elogiosos destacando su valor y acción; Güemes en su viaje a Buenos Aires, de paso por Córdoba, es comisionado para conducir presos realistas que se encuentran en aquella ciudad. Ya en la capital, consigue regularizar su situación en el ejército, como agregado al Estado Mayor General, con cargo de Capitán de Infantería, por su retiro del 27 de enero de 1813; luego pasa al Estado Mayor del ejército sitiador de Montevideo, el 12 de agosto del mismo año, con el grado de teniente coronel; lo que no satisface a Güemes por no reconocérsele su jerarquía anterior.

Mientras Güemes se halla alejado contra su voluntad del teatro de su acción, nuevos hechos se suceden, días téticos, en que la Patria se ve envuelta en nuevos peligros. Güemes no participa. No participa Güemes, pero participa Salta. La provincia da todo lo suyo, para sostener la guerra: sus riquezas y sus hombres. ¿No ha dado al Río de la Plata el creador de la primera escuadra patriota que surcará sus aguas? El aporte de Salta no se concreta al Norte del Territorio. Don Francisco Gurruchaga, hijo de Salta, hace construir y equipar tres buques, con 200 hombres: el “Invencible”, el “25 de Mayo” y el “América”, con los que se hace a río para defender las costas y extender el poder de Buenos Aires sobre las aguas.

Por aquellos días asumía el cargo de segundo General de Ejército de Buenos Aires, en acción en el Norte, el salteño José de Moldes, llamado por el cariño popular en su provincia, Pepe Moldes. Amigo de Pueyrredón, su consejo experto debió de ayudarle mucho. Buen conocimiento militar había acumulado en España, en el análisis de las campañas de Wellington, a quien admiraba, como asimismo en la observación de la disciplina de los ejércitos ingleses. “Colocado a la cabeza organizadora del ejército –dice Fías- quiso someterlo a la más entera modalidad y a la más rígida disciplina” y mejorarlo por la enseñanza de los principios y la técnica militar, “para levantar así, al mismo tiempo, su nivel moral y su fuerza, a la altura que exigían la dignidad y la suerte de la Revolución”. Pero José de Moldes

tendrá que luchar intensamente para hacer fecundos sus esfuerzos por tales objetivos. “Esta pretendida reforma del ejército –son palabras del historiador Frías- atrajo a Moldes la enemistad y el odio bullicioso de aquella oficialidad, cuya alma y calor era Dorrego, y le llamaron *el tirano Moldes...*”.

Un día, los realistas concentran sus fuegos sobre Salta. Manuel Belgrano, a cargo del ejército desorganizado, hace lo imposible, pero no consigue vencer.

Salta había sido ocupada por las armas realistas, y Belgrano, en retirada, encuentra el ejército acampado en Yatasto, a 30 kilómetros al Norte de Tucumán. Los patriotas salteños trataron de salvar lo que estaba más a su alcance, para evitar la represión española en la forma sufrida en el Alto Perú.

Güemes no participa de esas jornadas de dolor, pero su permanencia en Buenos Aires atribula su alma de soldado. Entretanto interviene en el sitio de Montevideo.

Vendrán luego las jornadas de Tucumán y las nuevas jornadas de Salta. El General Tristán no echará raíces en Salta. Desde Tucumán avanza victorioso Belgrano. Salta, oprimida, acuciada por la revancha, encela su emoción. El 18 de febrero del año 13 comienzan a moverse las tropas de Belgrano en dirección a la Estancia de Castañares. El aguacero no detiene la marcha. La Patria no espera. La marcha es dificultosa, a causa de los obstáculos que los caminos quebrados oponen al transporte de la artillería, pero se avanza...

Al ser informado de la ubicación de las fuerzas patriotas, el General realista se muestra incrédulo, y se limita a contestar: -¡Ni que fueran pájaros!- No eran pájaros, sino hombres animados por el sentimiento de la Libertad.

Se cuenta que al amanecer del día siguiente se le dio aviso al General Tristán:

-General: los enemigos aparecen por el Norte.

-¿Son muchos?

-¡Como avispas! ¡Y llueve aún!

-Pues me alegro; así se matan mejor las avispas.

¡Pero esas avispas derrotaron al presuntuoso General Tristán! A la victoria de las armas patriotas contribuyó en mucho el capitán Apolinario Saravia, que en la víspera había conducido al ejército hasta el estratégico campo de Castañares, y el día de la sorpresa entró como espía a la ciudad, simulando ser un leñador con su recua cargada de leña, para recoger informaciones sobre el enemigo que tanto interesaban al jefe patriota. Y, cumplida con éxito su misión, regresó de igual modo a su campamento.

Apolinario Saravia fue el héroe de esa jornada. El 20 de febrero se libró la batalla: el ejército de Tristán fue dispersado. ¡Las avispas habían conseguido imponerse! La tropa realista, desmoralizada, pierde la perspectiva de la batalla y huye a la desbandada. En las líneas salteñas está Arenales, decidiendo con su consejo al General Belgrano. Tras tres horas y media de lucha, el General Tristán solicita rendición.

-Diga usted a su General –responde Belgrano al emisario de Tristán- que se despedaza mi corazón al ver derramarse tanta sangre americana y que estoy pronto a otorgar una honrosa rendición. Que haga cesar inmediatamente el fuego en todos los puntos ocupados por su tropa, que por mi parte voy a mandar que se haga lo mismo en todo lo que ocupan las mías.

El ejército realista debía rendir sus armas al día siguiente, “ya cerca de las 10 del día”, precisa Frías. El ejército real, con todos sus ciudadanos hábiles de marchar, incluso el General, se encamina hacia las afueras de la ciudad, que por el Norte quedaban muy cercanas, apenas dos cuadras de la Plaza Mayor. Llevaba las banderas desplegadas, las armas al hombro, la artillería rodando y la caballería con sus sables envainados; puestos los jefes a la cabeza de su cuerpo y batiendo marcha los tambores, iban a rendirse.

La población, excitada a lo vivo, se conglomeraba a su paso, y los muchachos de Salta, tan famosos entonces por su audacia y resolución, seguían, precedían o aguardaban en todo el recorrido al ejército rendido. ¡Jubilosa jornada! Cuando Tristán se acercó a Belgrano para ofrecerle su espada, el General patriota le tendió los brazos y lo estrechó. No en vano habían sido amigos en los lejanos días

madrileños. Tristán y sus oficiales prestaron juramento de no volver a empuñar jamás las armas contra la Revolución.

Belgrano, alma piadosa, no ajustició a los prisioneros y, confiando en el juramento prestado, los dejó en libertad. ¿Hizo bien?

El ejército vencedor volvió a escalar los ásperos caminos del altiplano. Potosí, Vilcapugio, 1º de octubre de 1813; Ayohuma, 14 de noviembre de 1813, victorias y derrotas, desorganización del ejército, retirada de Cochabamba, combates y batallas en San Pedrillo, en Las Horcas, en la Florida y en Sumaipata: tal fue la secuencia desafortunada que puso en peligro otra vez a Salta.

Y Salta fue invadida de nuevo. ¡Desgraciada Salta! Los tiranos la prefieren, y sobre ella vuelven sus armas, mientras el ejército de Belgrano, piadoso y honrado, sufre el dolor de la retirada y la persecución. Si desde una quebrada, si de tras un monte se le apareciera a Belgrano el gaucho Güemes con sus paisanos, Belgrano no lo habría aceptado, pues había condenado algunas ligerezas del caudillo en materia de amoríos y por ello lo había alejado.

Belgrano pide auxilio desde Humahuaca y Salta responde nuevamente al llamado a la lucha y el sacrificio enviando hombres. El Capitán Dorrego ha llegado a Salta en busca de recursos. Salta entrega recursos. “Todos los hombres de acción –señala el historiador Frías- se preparaban a defender su país del invasor, alzándose la población en masa. Los que no eran de pelear se disponían o abandonaban ya sus domicilios; y familias enteras se vieron hacer lo mismo, prefiriendo los sinsabores de la emigración a someterse de nuevo al yugo del *tirano*”.

¿Detendrá Salta a los realistas que avanzan?

Belgrano, en retirada, no puede detenerlos. La ciudad queda sola, enteramente sola. Hasta las campanas quedaron sin badajo para que no hubiese bronce que festejara la segunda captura de la ciudad por los realistas. Los habitantes que han huido hacen campamento en el Valle de Guachipas, al Sur del valle de Lerma.

Días dramáticos. Salta detendrá a los realistas. “No puede dudarse – comentará luego el Cabildo de la ciudad-, que después de las lúgubres escenas de Vilcapugio y Ayohuma, reducida nuestra fuerza militar a un puñado de soldados de todos los cuerpos atónitos y llenos de pavor, quedó la felicidad de la Patria pendiente de la decisión de los ciudadanos de este pueblo de Salta y su campaña”.

Esa era la verdad. Salta volvió a ser el escenario más dramático y decisivo de la Revolución. Y lo sigue siendo hasta que San Martín derrota a los realistas en el Perú.

Por esos días hace esfuerzos extraordinarios por contener la ofensiva española don Pedro José Saravia, pero ya está por llegar nuevamente al suelo natal el confinado en Buenos Aires, Martín Miguel Güemes.

Efectivamente, después de los desastres de Ayohuma, el gobierno de Buenos Aires resuelve formar un Ejército Auxiliar, compuesto del batallón 7º de Infantería, 250 granaderos a caballo y 100 artilleros. Mientras, Güemes solicita marchar al Norte con San Martín. El gobierno accede, previo informe dado el 6 de diciembre en forma satisfactoria por dicho general.

Se inicia en ese momento un nuevo capítulo de la guerra emancipadora en el Norte. Comienza entonces la guerra gaucha.

Repercute por el valle el llamado del caudillo provinciano despertando esperanza hasta en los más decaídos y suscitando fervores de lucha hasta en los menos decididos. Pero la entera población está inerme. ¿Con qué armas se ha de luchar? Ya lo ha dicho el valeroso Luis Burela: con las que sea posible arrebatar al enemigo.

En esos días de zozobra salteña, Güemes ha llegado a Santiago del Estero, y a Tucumán, centro de los refugiados del Norte, acaba de arribar el vencedor de San Lorenzo, General José de San Martín, para asumir la dirección del desbandado ejército de la Patria. Estamos en enero de 1814. Los nombres de ambos héroes aparecen desde entonces enlazados. Cornejo escribe en la biografía del salteño: “El retorno de Güemes a Salta, casi coincide con la llegada de San Martín. No es

difícil que se hayan encontrado en Buenos Aires y hasta que hayan viajado juntos, trazando desde allí los preliminares de un vasto plan”.

El encuentro de San Martín, Belgrano y Güemes se produjo en la histórica posta de Yatasto.

En 1814, cuando se hace cargo de la defensa del Norte, por indicación del General San Martín, se le ofrece al Gran Caudillo la ocasión de mostrar, y demostrar, su genio militar, su levantado espíritu, su grandeza moral. El Gran Capitán, con su intuición para descubrir hombres de valor, había apreciado en tal varón la entereza y la inteligencia, el coraje y la audacia.

“Toda la tierra estaba en armas”, según la feliz expresión de Juan Carlos Dávalos. O como dijo Frías: “Toda la tierra estaba levantada en su contra” (de los realistas). ¡Extraordinarios jefes, pues, para tan extraordinario pueblo!

¿Cómo vieron los hombres de su tiempo a Güemes? Es concluyente para ello saber cómo lo siguieron sus paisanos cuando, sin nada, apelaba a su heroísmo para hacerlo todo. ¿Cómo lo admiraron quiénes lo supieron fuerte, intrépido y audaz? Sobrados testimonios hay de la general admiración, hasta del enemigo. “En el anteojo realista –escribió Leopoldo Lugones en el capítulo final de su *Guerra Gaucha-*, la cabeza del caudillo dibujóse un instante sin su morrión. Todo hacia atrás el cabello de crespas negras. Noble la frente. Los grandes ojos llenos de serena arrogancia. La nariz espaciosa. Pálido como el peligro en el vellón de su barba oscura.

“Caminaban su pecho cordones de oro; oro claro ribeteaba su sobrecuello; engalanábanle de oro las charreteras; y como alzara el brazo para cubrirse, la bocamanga deslumbró, también de oro.

“La sombra de la visera eclipsando sus ojos en ese instante, denotó aún más el reproche severo con que su mirada medía la ciudad.

“No atañía por cierto la victoria a los rábulas que tanto la discutieron por imposible. Con su menospreciado gauchaje había perseverado él solo, mientras muchos de esos decentes se obcecaban en la vieja abyección, transigiendo por odio suyo en la reventa de la patria.

“En las hutas del bosque, en las cuevas de la montaña, sacrificando quién sabe qué fervores en el corazón, con qué nostalgias del acero nublándole los ojos, él sobrellevaba la acción de sus miles de hombres”.

Aquella soledad habría sin duda penetrado de dolor hasta el tuétano al varón que, pudiendo aspirar al respeto y la lisonja de la sociedad culta de su provincia, prefería el vivac del monte a la tertulia elegante; la camaradería del campamento a las lisonjas de las amistades ciudadanas. Ésa era su manera de salir al encuentro, trabajando por ella, de la Libertad. ¿Acaso podía permanecer quieto el brazo, ociosa la enérgica mano, sosegado el espíritu en la complacencia de una vida apacible comprada al precio de la indiferencia cobarde, cuando urgía la defensa de la Patria para asegurar su Libertad? La Libertad: tal fue su móvil. “Ambicionando glorias más puras –reconoció en hermosa prosa Lugones-, la veneración de su pueblo brindábale proféticas vindicaciones. Presagiaba en futuros apogeos la exaltación de su hazaña. Más, no se complugo en aquella guerra por la gloria ni por el renombre, sino al amor de la libertad que lo prendara, embriagándole con su vino austero”.

Hay que seguirlo en sus pasos, en su diario trato con sus hombres; acompañarlo en los sorprendentes combates; oírlo en sus instrucciones a las partidas, observar su vida en el campamento, para poder hacer cabal crónica de sus hazañas, cuyo mérito no está todo en la hora del desenlace de los choques armados.

Güemes no es hombre que haya acumulado en muchos años un historial disperso. Joven, la intensidad de su vida puede medirse por la intensidad de su acción. ¡Qué cúmulo en tan pocos años! En el teatro de su heroica vida, desde que regresó a Salta destacado por San Martín –que como siempre sabía lo que hacía-, el telón no bajó nunca para marcar entreacto alguno, sino sobre la escena final, la de su muerte.

La comprensión del General San Martín habla en favor de éste. La agradeció sin duda Güemes, por la posibilidad de actuar que le ofrecía, aunque no la necesitaba para retemplar su ánimo que no habían amargado tantas

incomprensiones, sostenido como lo estaba por su propio fervor por la Libertad y por el invariable fervor de sus paisanos.

Güemes, decidido ya en la primera juventud el designio de su vida pues sabía lo que quería, se había consagrado a una causa grande: la emancipación de su patria.

Ahora lo tenemos, de nuevo en su escenario natural, madurado, si no en años, en experiencia. Güemes aprovecha las indicaciones de San Martín y planea con precisión magistral la defensa del Norte: conoce el terreno, conoce a sus hombres, se conoce a sí mismo. La guerra de guerrillas, espontánea floración de la resistencia y el heroísmo populares, aquí como lo fuera en España, tuvo en el caudillo salteño el espadero que le sacó filo, contrafilo y punta. Con él, lo natural se tornó inteligente; lo espontáneo, movimiento orgánico; el prístino impulso, ya arrebatado, ya desesperado, cobró agilidad, tuvo una táctica, centuplicó su eficacia. El probado valor de Güemes, su acendrado amor a la patria, su irradiación personal, en suma, hacían el resto arrastrando a hombres, mujeres y niños. Y los jefes españoles desesperaban, al chocar con la tenacidad del entero pueblo que les cerraba el paso.

“El bravo paisanaje de la provincia de Salta se cubrió, en esta célebre campaña contra uno de los ejércitos del Rey de España más fuerte, aguerrido y mandado por los mejores generales, de una gloria espléndida e inmortal. Y tiene ésta más vivo realce, si se considera, que estos nobles y heroicos paisanos, a fuer de ciudadanos de las antiguas repúblicas de Grecia y Roma, o de los cantones suizos, combatían sin sueldo ni estipendio alguno; que la mayor parte salía a la guerra con las armas de su propiedad, o arrancadas de las manos de los enemigos, y en sus propios caballos, y que no esperaban otra retribución de tan gloriosas fatigas, que el honor de haberlas soportado con tal virtuosa constancia y el de haber desempeñado el primero de todos los deberes, la defensa de la patria y de sus hogares...”⁽⁴⁾.

⁽⁴⁾ Dámaso Uriburu, *Memorias*, p.176, cit. por Cornejo en ob. cit.

Nada mejor, para la cabal comprensión de la gesta, que esta cita de Atilio Cornejo, a quien hemos seguido con preferencia: “Hasta sus adversarios reconocieron la brillante actuación de Güemes en esa campaña”. Dice así Dámaso Uriburu: “No se puede omitir, sin contrariar la imparcialidad histórica, el justo tributo de elogio a la conducta hábil, activa e infatigable de Martín Miguel Güemes, quien, dando una diestra dirección a la imponderable bravura de los gauchos, desplegó muy especialmente en esta primera época de tan brillante campaña, todas las virtudes y talentos de un hombre nacido para acaudillar y conducir tan esforzado paisanaje. Él en persona dio impulso a las primeras operaciones sobre Jujuy, y con la acertada elección que hizo de los jefes y comandantes que las continuaron, cábele la principal gloria, de que se cubrió, humillando él solo, con los escasos recursos de una provincia agotada e inerme, la arrogante vanidad del más formidable ejército español que hasta entonces se hubiese presentado en campaña en este país”.

Fue gran mérito de Güemes descubrir las fuerzas poderosas del pueblo, puestas al servicio de una causa noble, en las que supo infundir fervor y amor a la patria; y esos centauros, que veían en Güemes a su conductor y padre espiritual a la vez, era hombres recios, sufridos, capaces de devorar cuarenta leguas, galopadas en una sola noche; sabían andar tanto en los fulgores como ocultarse de la luz del sol, siempre prontos a defender ese jirón de tierra al que no escatimaban sacrificio alguno.

Ahí está la quebrada de Humahuaca para decir cuántas emboscadas terminaron con el realista y con los mismos nativos renegados, pasados a las filas del enemigo.

Es el momento en que la historia encuentra a su héroe auténtico. San Martín lo destina a una misión de observación, en zonas ocupadas por tropas españolas, al mando del General Pezuela. San Martín, escribe don Miguel Otero: “...tenía conocimiento de la capacidad y valor del veterano Güemes”. Por eso lo destina como Jefe de la defensa del lado del río Pasaje o de la Frontera; mientras que por el lado de Guachipas quedaba como jefe don Apolinario Saravia; Pezuela resuelve

el envío de una división a las órdenes del general don Juan Ramírez Orozco, cuya vanguardia estaba al mando del coronel don Juan Saturnino Castro, salteño; Ramírez Orozco toma Jujuy el 16 de enero de 1814, Castro en cambio sigue a Salta.

En las lomas de San Lorenzo se encuentra con las fuerzas de Dorrego, quien retrocede hasta Guachipas, a donde se dirigió Castro, quien a su vez regresa a Salta. El historiador López afirma que el conocimiento iniciado entre San Martín y Güemes origina una amistad que el héroe de la independencia americana “guardó toda su vida con señalado aprecio”.

Durante esas jornadas, ambos se entrevistaron a menudo, y estudiaron la táctica y el plan de la lucha que se empeñaría con obstinado vigor y asombroso coraje.

El 27 de marzo de 1814, baja Güemes la cuesta de la Pedrera, rumbo a la ciudad, luchando con partidas godas. El Coronel realista Castro sale al encuentro del caudillo con 80 hombres bien armados; Güemes, en táctica de guerrillero, no da combate al realista donde éste quiere, sino que lo atrae hacia el Río Ancho, en que está emboscada su guerrilla. Esta acción confirma a Güemes en el acierto de su método de guerra a base de sorpresas y emboscadas. Castro es batido y apenas puede huir. Los patriotas no sufren baja alguna, en tanto los realistas dejan 30 y tantos muertos, fusiles, mulas y caballos.

“Yo quedo acampado –dice Güemes en su parte a San Martín- en este punto, esperando al nombrado Castro. No tengo expresión para ponderar a V.E. el valor con que se han portado los oficiales y tropas de campesinos”. Es la guerra gaucha. Ya está Güemes sobre las rutas del ejército español, interceptando los refuerzos, sorprendiendo los campamentos, desarmando sus guardias y batiendo sus columnas. Pequeñas pero continuadas victorias de las armas gauchas, cuya eficacia se hace sentir en el creciente debilitamiento militar español.

“Bien presto –dirá el Cabildo de Salta, año después-, seducidos por el encanto de los triunfos en los reiterados combates, se agolpan los brazos guerreros al abrigo de un joven que anunciaba en sus primeros ensayos ser un libertador”.

Un libertador, así también lo entendía el Libertador General José de San Martín. Éste había informado del triunfo al Director Supremo, encomiando entusiasmado el éxito del “ataque a la brusca, que emprendió el valeroso Teniente Coronel D. Martín Güemes”, el 29 de marzo; y reconociendo que “es imponderable la intrepidez y entusiasmo con que se arroja el paisanaje sobre las partidas enemigas, sin temor del fuego de fusilería...”.

Y en respuesta le llegaba a Güemes desde Buenos Aires el nombramiento de Comandante General de la Vanguardia, y se le rendía las gracias, en nombre de la patria, por los beneméritos servicios hechos a la libertad. Por primera vez se le hacía justicia.

Al quedar como Comandante General de la Vanguardia, organiza la defensa del norte con tres avanzadas, de la siguiente manera: la primera, la más próxima a Salta, a cargo de don Pedro José Zavala, con el nombre de Guerrilla o Avanzada de los Campos de Salta; la segunda, a las órdenes de don Apolinario Saravia, que servía de sostén a la anterior, cuya acción tenía por escenario el Valle de Lerma, denominándose Avanzada de Guachipas; la tercera, que estaba ubicada sobre el camino que une a Tucumán, Salta y Jujuy, bajo el comando directo de Güemes, con sus vanguardias personales, cuyo asiento era Cobos, Camposanto al mando de don Pablo Latorre.

A partir de este momento comienza la inmortal Guerra Gaucha, que tendrá tanta repercusión en la guerra de la independencia.

En abril de 1814, San Martín, enfermo, se ve obligado a transferir el mando del Ejército del Norte al general don Francisco Fernández de la Cruz, y en ese mismo mes y año es nombrado gobernador de Mendoza; conocía San Martín el heroísmo, la capacidad y la audacia de Güemes, estando seguro que por el Norte estaría bien defendido y que los realistas no lograrían por esa ruta llegar al Plata, permitiéndole de esa forma organizar su gran acción libertadora que llegaría después a Chile y Perú. Y como le expresara San Martín a su amigo Rodríguez Peña, “la Patria no hará camino por este lado del Norte que no sea una guerra

defensiva, y nada más; para esto bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos”⁽⁵⁾.

Mientras tanto, Arenales, que había sido nombrado con anterioridad General en Jefe de las Fuerzas Patrias en el Alto Perú, obtiene el 25 de mayo de 1814 su triunfo sobre el Virrey de Lima, en la batalla de Florida, y el 5 de agosto del mismo año Pezuela desocupa la ciudad de Jujuy, combatido por las fuerzas patriotas, retirándose al Desaguadero.

Nuevos triunfos de Arenales, Cárdenas y Warnes baten al enemigo, destrozando completamente la división en Cotagaita; mientras tanto, Güemes, en su defensa del Norte, llega el 12 de agosto de 1814 a Jujuy, encontrándose con sorpresa que los soldados de las tropas enemigas se pasaban a sus filas, es decir, las que comandaba don Pablo de Latorre. El 30 de setiembre de 1814, Güemes es promovido a Coronel graduado del Ejército, reconociéndosele una vez más sus importantes servicios realizados en favor de la Patria.

Por otra parte, en el campo político se suceden trascendentales e importantes novedades. Por el decreto del Director Supremo, don Gervasio de Posadas, con fecha 8 de octubre de 1814, se divide la Intendencia de Salta de la siguiente manera: Tucumán, cuya provincia comprendía los pueblos de Tucumán, Santiago del Estero y el Valle de Catamarca, siendo su capital Tucumán; Salta comprendía las ciudades de Salta, Jujuy, Orán, Tarija y Santa María. Esta división estaba sujeta a leyes de Estado de entonces que proveían a sus respectivos gobernadores, intendentes, con sus correspondientes representantes ante la Asamblea Constituyente.

Salta y Tucumán se han separado. Cada una se libra a su propia suerte. Cada una tendrá su propio gobernador. En Tucumán lo será don Bernabé Aráoz, Coronel de los Ejércitos y miembro de una familia que ya tiene abolengo y tradición en aquellos primeros años de la patria independiente. En Salta, ejercerá el gobierno en forma interina otro soldado de las guerras libertadoras, el Coronel José Antonio

⁽⁵⁾ Cita de Cornejo en pág. 107, de “La Gaceta de Buenos Aires”, junio 22 de 1814.

Fernández Cornejo. Poco después ejerce el gobierno por designación el General don Hilarión de la Quintana. Fue el 14 de noviembre de 1814. Transcurrido algún tiempo el general de la Quintana renuncia, y es entonces que, en forma interina, asume la gobernación, a instancia de Rondeau, el coronel Fernández Cornejo.

Los momentos no aconsejaban abrir pausa alguna. El destino de Salta seguía siendo la lucha. Pero Salta se empobrece con su esfuerzo heroico. ¿Cómo seguir haciendo la guerra si faltan los elementos esenciales para emprender nuevas campañas y sostener nuevas batallas? Faltan caballos y mulas. Fue en esas circunstancias que, para vencer todas las dificultades, el Cabildo de la noble provincia, bajo la presidencia del gobernador interino, coronel Fernández Cornejo, resuelve abrir una suscripción pública voluntaria e incitar a todos los buenos salteños a participar en ella. Mas esa resolución no fue suficiente. Era imprescindible proseguir la guerra y Salta debía armarse para no ser vencida. En febrero de aquel año de 1815, se realiza un empréstito forzoso para solventar las necesidades del Ejército. El día 29 de abril, reúne el Cabildo salteño para considerar grave situación. En Jujuy se hallaban detenidos, sin que el teniente gobernador apesure los envíos, las remesas de auxilios que Salta necesita. El Cabildo, intérprete de aquella situación difícil para la provincia, resuelve, con la complacencia del coronel Fernández Cornejo y del coronel Martín Güemes, comandante de los gauchos, dirigirse al capitán comandante de la guarnición de Jujuy, que lo era don Francisco Portal, para que entendiera en esa comisión de entregar a Salta los necesitados elementos de guerra.

Tal era la situación en los dramáticos momentos en que el jefe de los gauchos asumía su nuevo cargo militar. Se cernía sobre el Norte las amenazas del desastre, pero la voluntad indomable de Martín Güemes estaba ahí, dispuesta a enfrentar dificultades y vencerlas. Después de la entrevista que Güemes sostuviera con Rondeau, en Concha, durante la cual el salteño le dio a conocer el estado en que se encontraba el Ejército, entregándole los partes de las batallas libradas hasta ese momento bajo su dirección de comandante general de las avanzadas, el heroico salteño llega hasta Yavi sin dejar de librar algunas guerrillas. En esas

circunstancias los “godos” envían a ese lugar unos 1.500 hombres –número realmente sorprendente de fuerzas- con dos piezas de artillería. El ejército de Rondeau debió, ante ese despliegue español, replegarse, estableciéndose el cuartel general en Huacalera, en Jujuy. Eso ocurría el 10 de enero del año 15, pues ese día al Director Supremo se le dio a conocer un parte dando cuenta del repliegue y su nuevo cuartel general. El 2 de marzo, Güemes, con mil gauchos, se incorporaba al ejército de Rondeau. Mientras tanto, el coronel Martín Rodríguez era sorprendido por los realistas en el Tejar, hacia donde se había replegado. La incorporación de las fuerzas de Güemes determinaría una nueva victoria para las armas patriotas. El 14 de abril, el ejército libertador triunfaba en Puesto del Marqués sobre las tropas españolas. En esa acción tuvieron una participación primordial, y tan brillante como decisiva, los escuadrones gauchos. No faltó, claro está, el reconocimiento de esa participación. Lo formuló el coronel Fernández de la Cruz, quien dijo a Rondeau: “los valientes gauchos con sus jefes y oficiales son tan recomendables y fue tanta su bizarría que nada tuvieron que envidiar a las tropas más aguerridas”. Tal había sido el comportamiento en la acción. Tal el esfuerzo heroico de esos hombres, hijos de la abnegada provincia salteña, bajo la dirección de un caudillo que les inspiraba total confianza y con quien marchaban a la lucha, a la muerte, a la victoria y a la gloria.

Días después, Güemes explica a Rondeau su deseo de regresar a Salta. Hay en su actitud alguna razón de salud, pero Güemes desea cooperar con el Ejército dentro de la jurisdicción que le correspondía, es decir, desde Cinti y Tarija hasta Tucumán, correspondiéndole al coronel Arenales la dirección de las fuerzas patrias que actuaban en el Altiplano, desde Cinti hasta La Paz.

Y Güemes regresa a Salta. A su paso por Jujuy toma del parque de esa ciudad setecientos fusiles, de los cuales quinientos pertenecían a la provincia de Salta.

Las crónicas dicen que Güemes entró en Jujuy siguiendo a Salta. El biógrafo del héroe salteño, doctor Cornejo, agrega que “no entró como conquistador, sino como hijo suyo”, es decir como un hijo de Salta.

Nuevos hechos difíciles surgen en esos momentos. Esos hechos crean a su vez difíciles circunstancias. El jefe de los gauchos debe afrontarlos con serenidad y energía. No era posible que se malograran las victorias obtenidas por el esfuerzo de los gauchos en gloriosas jornadas. No era posible que él se desentendiera de ese cargo de honor y responsabilidad con que el general San Martín lo había honrado. Él era, por disposición del héroe máximo, “Jefe y Comandante de Vanguardia”. La situación era grave. Después de la separación de Tucumán, Salta no podía esperar nada de las provincias que componían la antigua jurisdicción. Salta estaba sola en la lucha. Sola habría de luchar. Y habría de vencer.

Por esos días, se precipitó la autoridad del Director Supremo y de la Asamblea Constituyente. Esos hechos eran demasiado graves como para no preocupar a los salteños y decidirlos a una actitud definida y oportuna. Esa actitud no tardó. El 6 de mayo, por voto popular, Salta elige su gobernador. Evidentemente, la elección recayó en el jefe de los gauchos.

“Contrariamente a lo que algunos suponen –sostuvo el doctor Cornejo- no se trataba de ninguna usurpación, sino de un acto de carácter democrático y legal. Pareciera el 25 de Mayo de 1810 en Salta bajo otros aspectos, en que el Pueblo y el Cabildo deliberan y deciden la elección de sus gobernantes. No se trata de un motín militar. En ninguna parte el Ejército. Sólo hablan las actas del *pueblo*... La elección –agrega Cornejo- no solamente fue popular y secreta, sino también con los votos de la gente distinguida de Salta como resulta igualmente de los nombres de los propios Cabildantes que suscribieron el acta”.

Nada de extraño resultaba que la ciudad confiara, en momentos tan graves, la dirección de sus destinos políticos al jefe militar de su defensa, que en sucesivas hazañas había dado pruebas suficientes de su entereza y había conseguido hacerse acreedor de los mejores prestigios, condiciones éstas indispensable que resolverían finalmente a su favor el pleito que plantearía el Cabildo de Jujuy con respecto a esa designación.

La dirección política era en Güemes y para Salta una forma de asegurar el éxito de los trabajos militares de la defensa. Era un instrumento indispensable para

asegurar la continuidad de la lucha armada contra los enemigos de la patria. Pero, si hubiera dudas sobre el carácter de aquella defensa, consultemos a Bartolomé Mitre. “Toda la población –nos dice el historiador patricio- fue declarada en asamblea permanente, adoptando por unidad de su organización militar la partida tradicional, con que se había iniciado la heroica resistencia popular contra los realistas después de Ayohuma. Cada veinte o treinta vecinos formaban una partida a cargo de uno o más oficiales de la misma localidad, que sin abandonar sus hogares procedía a los ejercicios y cuidaban las armas, entendiéndose directamente con el caudillo que les transmitía del mismo modo sus intenciones. Algunas partidas agrupadas por distritos formaban por excepción lo que se llamaba una división, a cargo de caudillos locales que tenían cierto ascendiente adquirido sobre las masas”. Tales afirmaciones de Bartolomé Mitre, concebidas a través de un método objetivo de historiador, corroboran que Güemes, como Gobernador, consagro su autoridad política a confirmar los esfuerzos heroicos de Salta en la necesidad de ganar la guerra al opresor. Ese fue su programa de gobierno. Esa fue su política: aunar todos los esfuerzos y organizar todas las posibilidades en la necesidad común de libertar a la provincia de la opresión española.

En sus funciones de gobernador, Güemes debe afrontar conflictos provocados por la autoridad militar del general Rondeau, de quien Güemes se aleja después de la acción de Puesto del Marqués.

El general Pezuela, sorprendido por aquel triunfo patriota en Puesto del Marqués y sospechando que Rondeau habría sido reforzado con nuevas tropas enviadas desde Buenos Aires, se retira a Oruro, abandonando Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y Tarija, con casi todas sus guarniciones de prisioneros. En esas circunstancias, Rondeau se apresura a sacar todo el provecho que le es posible y con 3.500 hombres de los 5.000 con que había salido de Jujuy, instala a mediados de mayo, en las inmediaciones de Chuquisaca, su cuartel general. Pero, a esos avances siguen malos momentos. Cuatro meses permanece Rondeau en ese cuartel general y en ese tiempo se produce la total indisciplina de su ejército. Mientras tanto, Rondeau reclama a Güemes aquel armamento que el jefe Salteño ha retirado

de Jujuy. Por su parte, Güemes somete a la consideración del Cabildo de Salta aquel pedido de Rondeau. El Cabildo debe pronunciarse y en sesión del 23 de junio lo hace en estos términos: “esta provincia quedaría sin armas, que servían para su defensa y para escarmiento de los enemigos”. Esa resolución es conocida por Rondeau e inmediatamente asume la apresurada responsabilidad ante la historia de suscribir un manifiesto –era en agosto del 15- declarando “traidor” de la patria al jefe de los salteños.

El pleito no terminaría ahí. Rondeau se comunicó con el Director Supremo Álvarez Thomas y éste, con fecha 24 de agosto, remite a Güemes un oficio ordenándole la devolución del armamento. Güemes, con fecha 11 de septiembre, contestó explicando las causas que habían motivado la retención. El Director Supremo insiste en nuevos oficios, con órdenes imperiosas y amenazantes. Güemes las resiste.

Mientras tanto, las fuerzas auxiliares enviadas por Buenos Aires marchan sobre Córdoba, desde donde el coronel French hacía saber al Cabildo de Jujuy, con fecha 17 de septiembre, que sus tropas marcharían “en auxilio y refuerzo del Ejército Auxiliador” y “las miras benéficas y liberales que lo animaban en beneficio de los pueblos”.

Nuevas amenazas se cernían sobre Salta. La división de French, a su paso por Córdoba, había inspirado inquietud a su gobernador, don José Javier Díaz. No era para menos. Aquella división se movía con planes secretos. Uno de ellos era éste: invadir Salta y detener al gobernador Güemes. Tales eran las órdenes que French había recibido de Rondeau.

La situación de Güemes no podía ser más alarmante. Nuevos contratiempos surgían ante su voluntad de defender la provincia y liberar el Norte. Su bien templado carácter y su desinteresado patriotismo debían ser puestos a prueba una vez más. “Graves debieron ser –dice López- los datos que tuvo Güemes, cuando sin vacilar dio orden de reunión a todas las milicias de campaña en sus respectivos puestos. Sacó las de la ciudad, hizo retirar del camino que debía transitar French

las caballadas y los ganados, tomando todo el país el aspecto de una situación de guerra declarada”.

French llegó a Tucumán el 11 de noviembre. Su ejército estaba compuesto por dos regimientos de línea. Se encontró con que Güemes había organizado a Salta de tal manera que significaba cerrarle el paso. En ese momento, French se dirige a Güemes afirmando que es ajeno a toda cuestión política y que llegaba solamente para cumplir órdenes del Director Supremo en el sentido de incorporarse al Ejército Auxiliar. Pero tales declaraciones no engañan a Güemes, quien mantiene a la provincia a la defensiva. French se dirige nuevamente a Güemes, ordenando, como representante del gobierno de Buenos Aires, la entrega de aquel armamento que el jefe salteño había retirado de Jujuy. Inmediatamente, el Cabildo de Salta comunica a French “que teniendo en consideración las sanas y patrióticas intenciones con que el señor coronel Güemes trajo de Jujuy quinientos fusiles en las urgentes circunstancias de que la sala de armas de esta ciudad se encuentra exhausta de más de mil fusiles que tenían y franquearon para sostener al Ejército de la Patria; de que sus cinco fortalezas necesitaban este armamento para precaver las irrupciones de los bárbaros; que la seguridad interior exigía tener auxilio; y que siendo variable la suerte de las armas, era conveniente conservar la fuerza de esta Provincia armada con un cuerpo de reserva que tenía el mismo destino que el Ejército de la Patria, para sostener la causa común heroicamente defendida siempre por esta Provincia; considerando, al mismo tiempo, que no podían ser diversos los sentimientos del Supremo Gobierno de Buenos Aires, se acordó se retengan los fusiles”.

Fue ante aquella resolución que el coronel French resuelve, a su vez, dirigirse en términos amistosos a Güemes. Lo hizo el 13 de noviembre. Güemes no responde favorablemente. Entonces, French, desde su campamento en Tucumán, se dirigió al Cabildo de Salta, solicitando una conferencia, a la que debía acudir Güemes. Ante esa solicitud, Salta decidió escuchar a French, señalando para fines de noviembre la entrevista.

De acuerdo con lo concertado, French se presentó ante el Cabildo de Salta, haciendo declaración de estar animado de sinceros sentimientos, siendo su misión la de auxiliar a las fuerzas de la Patria. French halló para esos propósitos el más decidido apoyo. Salta puso a disposición de French, para llevar la guerra contra los realistas, caballos, mulas y un refuerzo importante de soldados bajo la dirección del oficial Ignacio Regueral.

Mientras tanto, Rondeau se encuentra con nuevos inconvenientes para mantener la disciplina en su Ejército. Ésa es la causa de que el coronel Arenales se separe de Rondeau, después de haberle propuesto la reorganización de la indisciplinada milicia. Arenales pasa a ocupar Chayanta.

A los diez meses de su salida de Jujuy, Rondeau sólo atina a retirarse hasta recibir los refuerzos de Buenos Aires. La retirada se orienta hacia Cochabamba, siendo alcanzado por Pezuela el 26 de noviembre en Sipe-Sipe. En ese punto se libra, el 29 de noviembre, un combate en el que los patriotas sufren una gran derrota, perdiendo más de tres mil hombres y retirándose en desorden. Rondeau se replegaba hacia Huacalera y se acercaban los refuerzos conducidos por French y la división de gauchos salteños que se había agregado a los refuerzos enviados desde Buenos Aires.

El momento era por demás grave y se imponía una actitud enérgica y decidida de parte de Güemes. Güemes y Salta estaban dispuestos a librar la lucha hasta el final. Con ese convencimiento, exigieron a Rondeau que delegara el mando político y militar, comprometiéndose a cumplir con los deberes irrenunciables de la defensa de la Patria en el Norte. ¿Cuál fue la actitud de Rondeau? No aceptó lo que era, en verdad, una imposición de los hechos, puesto que él no estaba en condiciones, con su Ejército diezmado, derrotado, indisciplinado y en retirada, de seguir afrontando la lucha. Ante la enérgica actitud de Güemes, Rondeau se propuso castigarla como si se tratara de una insubordinación. En el campamento de Huacalera reunió a sus amigos y resolvieron dominar a Salta y a Güemes por las armas.

Güemes no tardó en enterarse de los propósitos de Rondeau, pero no quiso suponer que se cumplieran; por eso, envió ante aquél a su ministro, don Toribio Tedín, para informarse con detalle de esos propósitos y de la voluntad de cumplirlos. Por su parte, Rondeau ya había abandonado Huacalera el 8 de marzo de 1816, dirigiéndose con tres mil hombres en dirección a Salta. A su paso por Jujuy, el gobernador Gordaliza le ofreció cuatro compañías de milicias, que se incorporaron a ese Ejército que, habiendo sido batido por el enemigo común, los españoles, se dirigía, ahora, a darle batalla a los propios hermanos. Esas cuatro compañías estaban bajo el mando de Eustaquio Iriarte.

Mientras tanto, el ministro salteño, don Toribio Tedín, llegaba a Jujuy. Se hace presente ante Rondeau y en nombre del gobierno de Salta le significa la extrañeza del mismo ante la actitud que se disponía a tomar de hacerle la guerra a su provincia. El ministro Tedín le advierte que Salta está dispuesta a colaborar en la lucha contra los realistas y que una vez más, se ponía a sus órdenes, como lo había hecho en 1814 ante el general José de San Martín.

Sin duda, Rondeau, muy torpemente, creyó que aquellas expresiones del ministro Tedín eran una demostración de debilidad de Güemes, razón por la cual respondió con amenazas.

El Cabildo de Salta, a su vez, asume plenamente conciencia de la situación delicada que vive la provincia y el 2 de marzo, estando Rondeau aún en Jujuy, le dirige un oficio, en el que entre otras consideraciones se dice lo siguiente: “daba este paso el Cabildo, por el bien de la armonía y unión” procurando “evitar los trastornos de las medidas de seguridad contra el enemigo común, y la explosión que causaría en todo el país eso de que el Ejército se lanzara sobre un pueblo amigo y hermano”.

Dos miembros del Cabildo salteño se presentaron ante el General Rondeau, portadores del mencionado oficio.

Rondeau responde con mayor torpeza. No quiere la paz, sino la guerra. No desea parlamentar, sino la invasión de Salta. No aspira a la armonía, sino al conflicto. Por lo tanto, inicia su marcha sobre Salta.

Güemes, que confiaba en el éxito de la entrevista, se entera de que las fuerzas de Rondeau avanzan hacia Salta. Entonces reúne al Cabildo para que resuelva frente a los nuevos hechos que se presentaban y decidiera la conducta a seguir. Las campanas de la ciudad tocaron a rebato y el pueblo acudió a las deliberaciones. En solemne reunión se resuelve enviar un nuevo oficio a Rondeau, destacando que ni el Ejército peninsular tomaría en forma tan arbitraria una ofensiva sobre el pueblo salteño, como lo estaba haciendo un Ejército patriota. Entre otras consideraciones, decía: “protestándole a V.E. con toda la seriedad y circunspección que exige una materia de inmensa importancia, que de no verificar prontamente su retirada, este pueblo unido en masa con toda su campaña, saldrá con la mayor energía y valor a usar de la defensa más justa y sagrada que se habrá conocido”.

Este nuevo oficio fue llevado por una diputación del Cabildo, para evitar la guerra civil que la actitud de Rondeau hacía inminente.

Rondeau se negó a atender a la diputación del Cabildo salteño. La negativa fue seguida de una descarga sobre las avanzadas de las fuerzas gauchas de Güemes, las que, a su vez, abren el fuego sobre las de Rondeau en el lugar denominado Los Sauces. Rondeau avanza sobre la ciudad de Salta, haciendo alto en Las Angosturas, a seis leguas de la ciudad. Al amanecer, las tropas salteñas se ven sorprendidas por el fuego de las de Rondeau, llegando hasta Castañares, a una legua de la ciudad.

Salta, que había demostrado su coraje en la lucha contra el español, deseaba evitar la guerra civil. El Cabildo, inspirado en esos sentimientos muy justos y nobles, propuso un entendimiento entre Rondeau y Güemes, sobre la base de someter la divergencia al fallo del pueblo. “Toda diferencia –decía el Cabildo en su llamamiento- que pueda venirse entre este pueblo y la respetable V.E., esta corporación ha pensado sería muy conveniente que V.E. deponiendo todo recelo se digne honrar este pueblo con su persona, sin adelantar la marcha de su Ejército así como lo hará este Jefe; convocar al pueblo, y, a presencia de su numerosidad, formar los cargos de razón al Jefe que lo preside. Para este propósito –agregaba el

Cabildo-, se ofrece, en señal de seguridad, o rehenes, toda la ilustre corporación; pues se interesa, por todos los medios posibles, dar a V.E. una prueba inequívoca de fraternidad y patriotismo de un Jefe defensor y apoyo de los derechos de la Patria”.

Pero Rondeau no escucha estas palabras. A pesar del tono patriótico de ese oficio, el general Rondeau avanza sobre Salta y la ocupa sin resistencia. El gobernador Gordaliza, con fecha 15 de marzo de 1815, envía un oficio a Rondeau y reunió al pueblo de su provincia en Cabildo abierto, declarando, entre otras cosas, que el Ejército Auxiliar del Perú le daba la oportunidad de pronunciarse sobre la legitimidad de la forma en que el coronel Martín Güemes había asumido el mando de la provincia jujeña. El Cabildo sancionó una declaración diciendo “que el coronel graduado don Martín Güemes no es ni ha sido gobernador legítimo de esta ciudad y que, de consiguiente, no deben cumplirse sus órdenes en lo sucesivo”.

Tal desconocimiento de Güemes como gobernador de Jujuy fue comunicado al general Rondeau el 15 de marzo. Rondeau contesta el día 20, aprobando lo actuado y resuelto por el Cabildo de Jujuy.

La situación militar era la siguiente: Rondeau se había apoderado de la ciudad de Salta, sin que los salteños hubieran empeñado lucha. Güemes, hábil, conocedor de los problemas de la guerra como nadie en esa zona, se había retirado a la campaña. Rondeau, en la ciudad, comienza a sentir las consecuencias de una ocupación para la cual no se cuenta con auxilios de subsistencia y movilidad. Rondeau comienza a sentirse agotado. Pero insiste en obtener la rendición de Güemes. Para ello, hace bajar de Jujuy al gobernador Gordaliza, enviándolo como parlamentario ante el jefe de los gauchos. Güemes rechaza proposiciones indecorosas. Pero a los pocos días se realiza una entrevista entre Rondeau y Güemes, para la cual actuaron de mediadores el coronel Apolinario de Figueroa, su hermano, el doctor Gabriel de Figueroa y doña Magdalena Güemes de Tejada, la hermana del jefe de los gauchos.

La entrevista entre Rondeau y Güemes tuvo lugar el 22 de marzo de 1816, subscribiéndose al cabo de ellas una capitulación. De acuerdo con ella, Rondeau debía retirarse hacia Jujuy. Así lo hizo. El 17 de abril de 1816, daba a conocer un documento, en el cual, entre otras cosas, decía lo siguiente: “Echemos ya un velo eterno a estas jornadas afligentes y la reconciliación feliz que ha desvanecido las dudas y fue el término suspirado de nuestras desgracias, ocupa el único sentimiento de los americanos del Sur. Ella ha sido el iris de la dulce reconciliación. Al aparecer ésta se ha disipado la ilusión, y cayó el prestigio que supo alucinarnos. Abandonado, pues, a una impresión tan halagüeña, y cediendo sin violencia a su irresistible poder, vengo, en virtud de mis facultades y de la severa justicia, en hacer la declaración: 1º- Queda sin efectos cuanto se dijo desde Cañizares, el 15 del pasado, relativamente al señor gobernador intendente de las provincias de Salta, coronel Martín Güemes, por haberse desvanecido completamente las dudas que causaron tales medidas. 2º- El bando publicado en esta ciudad el 17 del mismo, declarándose traidor a la Patria al Señor Gobernador de la Provincia de Salta, en virtud de dichas comunicaciones, se reputa írrito y de ningún valor sin perjuicio de caracterizar de muy laudable el celo patrio que animó a este benemérito pueblo por sus intereses preciosos. 3º- La buena opinión, el patriotismo, los recomendables servicios del Señor Gobernador de la Provincia de Salta, don Martín Miguel de Güemes, no han perdido nada por aquel incidente sensible, antes han adquirido un nuevo valor por la feliz transacción, hija de la Justicia, de la sinceridad y de la virtud. Y para que llegue la noticia a todos –decía el comunicado de Rondeau-, publíquese por bando en la forma acostumbrada, fijándose en los parajes de estilo, para que nadie alegue ignorancia. Dado en el cuartel general de Jujuy a 17 días del mes de abril de 1816, José Rondeau, Juan Ramón Rojas, secretario de guerra”.

Cuando aquel feliz desenlace del pleito entre Jujuy y Salta llegó a conocimiento del general José de San Martín, se dirigió, por carta, a su amigo don Tomás Godoy en los siguientes términos: “Más que mil victorias he celebrado la mil veces feliz unión de Güemes con Rondeau. Así es que las demostraciones en

ésta sobre tan feliz incidente se han celebrado con una salva de veinte cañonazos, iluminación repique y otras mil cosas”.

El 10 de abril, el gobierno de Buenos Aires aprobó el convenio celebrado entre Güemes y Rondeau.

Por su parte, el jefe de los gauchos, desde su cuartel en Los Cerrillos, envía el 30 de marzo una comunicación al Director Supremo, expresando que han “terminado felizmente las desavenencias que dividían a la Benemérita Provincia de Salta y su Jefe con el Señor General de nuestro Ejército Auxiliar”.

De esta manera, con beneplácito general, termina uno de los episodios más desagradables de la historia del norte argentino en los años primeros de la patria. La severa actitud de Güemes había evitado una guerra civil, que de producirse y desarrollarse habría abierto las puertas del norte a la invasión de los ejércitos realistas.

Felizmente, triunfó el buen tino.

Si a Güemes no le faltaba coraje para enfrentar a las fuerzas de Rondeau con las armas salteñas e incluso rechazarlas, menos le faltaba patriotismo para entender que una acción de guerra hubiera sido inconveniente para la marcha de la causa de la libertad en aquel escenario de la lucha por la Independencia Americana.

Güemes, campeón en la guerra, supo ser noble en el pleito entre dos provincias fraternas y entre dos bandos que tenían un enemigo común: el opresor de la patria.

Se había alejado la posibilidad de que Salta cayera en manos de los españoles. Aun más: se abrieron nuevas perspectivas para la patria y la causa de la libertad, desde el momento en que Güemes reasume plenamente la dirección de la guerra gaucha contra los españoles. Desaparecido el germen de guerra civil, se intensificaría la guerra contra el enemigo común de los patriotas. Y la suerte de la Patria sería otra. Con Rondeau hubiera sido difícil detener al opresor realista. El Ejército Auxiliar del Perú, bajo el comando de Rondeau, era una fuerza desorganizada, disolvente, prácticamente en derrota. Se puede suponer fácilmente que habría de ser batido por los realistas. Pero, cuando Güemes vuelve con sus

gauchos a tender las líneas defensivas de la guerra de montoneras, desaparece la amenaza del triunfo realista. Don Miguel Otero, en su libro de memorias, en el cual se muestran muchos rastros secretos de la historia de aquellos años, ha abierto esta interrogación: “Si en esa época (abril y mayo de 1816) hubiera triunfado Rondeau de Güemes y los patriotas de Salta, viniendo en pos de Pezuela con el ejército de Rey victorioso en Venta y Media y Sipe-Sipe, ¿habría podido el Congreso Nacional hacer la jura de la independencia el Nueve de Julio de ese mismo año? Con el triunfo de Rondeau sobre Salta, ¿cuál habría sido la suerte de la Patria?”.

Resuelto en paz el pleito entre Rondeau y Güemes, la provincia salteña y sus buenos gauchos re-empresen la guerra de montoneras y de recursos contra los españoles, que eran la guerra típica en aquellos escenarios.

Los gauchos ya han demostrado todo el coraje que arde en sus venas, en esos años de guerras, de victorias y de reveses, de invasiones realistas y de esforzadas defensas. Ya Güemes es un héroe popular en esa guerra. Ya aquel coronel Castro que había ocupado la ciudad de Salta en 1814 conoce la fortaleza de los ataques sorpresivos de los gauchos. Ahí están, y ya son páginas de historia salteña, los combates y sorpresas de La Pedrera, Campo de Velarde, Cuesta Nueva... Son las acciones heroicas de los fuertes gauchos que debían enfrentar a ejércitos regulares provistos de suficiente armamento, con sus parques abundantes, con sus municiones aseguradas, con sus piezas de artillería. Sin embargo, ninguno de esos recursos fue más eficaz que el coraje y la audacia personal de los guerrilleros de Güemes.

Hagamos un alto; nuevos hechos se suceden en el campo político nacional, de gran trascendencia en la vida del norte argentino en los años primeros de la Patria. El 3 de mayo de 1816 el Congreso de Tucumán designa al General Don Juan Martín de Pueyrredón, Director Supremo; de inmediato toma posesión de su cargo y resuelve enterarse personalmente de los hechos ocurridos entre Güemes y Rondeau y tomar nuevas disposiciones para establecer el orden en los frentes de defensa. A tales fines decide trasladarse a Salta y Jujuy.

El Cabildo de Salta, ante los nuevos acontecimientos, resuelve el 15 de mayo de 1816, con la presidencia del Gobernador Güemes, y sus miembros tanto civiles y eclesiásticos, prestar juramento al Congreso de Tucumán, como a su nuevo Director Supremo.

El general Don Juan Martín de Pueyrredón, ya en Salta, mantiene una cordial y prolongada entrevista con Güemes, quien le expone ampliamente los hechos. Luego se traslada a Jujuy, donde después de informarse del estado del Ejército Auxiliar al mando de Rondeau, dispone que deben las tropas y su Jefe marchar a Tucumán, resolución que Rondeau acata, levantando su campamento el 24 de junio de 1816. Ya en marcha a su nuevo destino, llega a Trancas, donde es reemplazado en su cargo por el general Belgrano, el que, en posesión del mismo, marcha con el ejército a Tucumán, acampando en Ciudadela.

Salta queda nuevamente librada a sus propias fuerzas, las que en nuevas acciones demostrarán una vez más los retemplados espíritus de los gauchos y la bizarría de su jefe; durante los cuales no hubo en esa zona, bendecida por la esperanza patria, batallas campales; todo fue acción de sorpresa; combates desiguales; luchas irregulares; los gauchos no obran sino con la disciplina que les dicta su propio instinto; los accidentes del terreno y las circunstancias modifican su táctica de guerrillas y guerra de recursos.

Los realistas refuerzan su ejército y reciben por vía Cobos y Panamá nuevas tropas, a las que comanda el general de La Serna; los amplios planes militares que se proponen realizar los hace organizar un ejército de operaciones de 6.000 a 7.000 hombres, completando sus batallones con ocho compañías de infantería cada uno; la Caballería con tres compañías cada escuadrón; de doce a diez y seis piezas de artillería, parque abundante, maestranza, caja militar, caballos de pelea, arriería para el transporte, mulas de marcha; toda una fortaleza formada con los mejores militares y tropas de línea ya veteranas en el arte de pelear; bien sabían los realistas que para tan magna empresa no sólo era necesario un ejército bien equipado sino también dominar una estratégica difícil para ellos, donde más que las artes militares hay que enfrentar acciones con características propias.

Difíciles momentos debe afrontar una vez más Salta, en la intensa lucha de la que desde los primeros años de la patria, ha venido siendo teatro, ofreciendo sus recursos y sus hombres para seguir la guerra y asegurar la libertad. Como bien dice Bartolomé Mitre “fue la espada de Güemes la que de una manera permanente fijó los límites de la República Argentina”. Güemes defendió la causa de América y por ella se inmoló. Vicente Fidel López realza al caudillo salteño en señero juicio: “He aquí la gloriosa campaña de Salta. Si sus prestigios no igualan a los de la campaña de Chile, ella tiene un mérito grande y mucha honra para el pueblo heroico que la llevó a cabo y para el Jefe que dirigió sus esfuerzos. Ninguna otra en las guerras de Su América puede rivalizar con ella como éxito ni como campaña *defensiva*, estratégicamente hablando; dirigida por un plan riguroso y por una voluntad que reanimaba todo el conjunto de las operaciones, cada resultado fue el efecto de las causas preconcebidas para obtenerlo”.

Grandes proyecciones otorgan los realistas a las nuevas invasiones que deben acometer a Salta y Jujuy. El general de La Serna inicia su marcha a fines de 1816 con seis batallones de infantería y toda la caballería y artillería, haciendo un total de 5.000 hombres, dejando en reserva el batallón 2º de Extremadura, para luego reunirse en Jujuy. Llega de La Serna a principios de 1817 a Jujuy, donde establece su Cuartel General.

Ante tales acontecimientos Güemes reorganiza sus gauchos instalando su campamento frente a la ciudad a cinco o seis cuabras con el río Chico de por medio.

Era la acción de un nuevo Don Quijote de la guerra. En una de sus páginas, don Miguel Otero refiere que al comprobar los españoles el instinto guerrero y la audacia heroica de los gauchos “miraron con el mayor desprecio la actitud que tomaba Güemes, calificándola por una de las aberraciones de Don Quijote”. El realista comparaba al héroe salteño con Don Quijote. En aquella ocasión, los realistas estaban con fuerzas numerosas y Güemes con sólo 600 a 800 gauchos. Los realistas confiaban en destruir a ese campamento de gauchos. Pero debieron convencerse de que, efectivamente, Martín Güemes era un osado Don Quijote,

pero un Don Quijote difícil de vencer. “Pero al mes o poco más tuvieron una baja como de mil hombres, entre muertos y prisioneros, causada por repetidos combates parciales, varios de ellos cuerpo a cuerpo y brazo a brazo, que les hizo conocer la imposibilidad de continuar hasta Córdoba y mirar con toda atención a los patriotas que tenían a su frente”.

Era la guerra gaucha. Esa guerra de paisanos que cantaría Lugones en las prosas ardientes de su gran libro. Guerra de sorpresas. Guerra de recursos. “Era un continuo batallar día y noche –refiere Miguel Otero-; muchas veces cuerpo a cuerpo y brazo a brazo. En los primeros tiempos de cada dispersión que ejecutaban los patriotas por la superioridad numérica de los realistas, éstos cantaban la victoria en el supuesto de que aquéllos no volverían a reunirse, pero al poco rato los tenían otra vez al frente con el mismo denuedo”.

Güemes domina la campaña. Mientras sus gauchos sitian a la ciudad, el plan de los realistas de avanzar hacia Córdoba para apuntar luego hacia Buenos Aires, no tendrá siquiera principio de realización. ¡El viejo plan tantas veces intentado y tantas otras fracasado! Pero persisten en él, sin embargo, y al efecto emprenden enérgica acción contra Güemes. Fue en abril de 1817. Tres batallones de infantería y tres escuadrones de caballería, recientemente incorporados a la lucha, y un escuadrón más de americanos con la correspondiente dotación de artillería, dejando en Jujuy los demás cuerpos del ejército de infantería y caballería al mando del general Olañeta, se proponen salir al encuentro de Güemes, que se halla en Los Cerrillos con sus 600 paisanos. Los realistas pretenden dar un escarmiento. ¿No son acaso superiores en número y armamento? Los tres batallones de infantes y los tres escuadrones de jinetes ¿no están formados acaso por los mejores soldados que acaban de llegar de España?

A fines de abril del mismo año, salió de la ciudad en dirección a Los Cerrillos, un cuerpo de infantería formado por 700 a 800 hombres y cuatro escuadrones, al mando del general Sardina, para atacar a Güemes y proveerse de ganado vacuno para las tropas.

Güemes se limita a tirotear; para ello le bastan 60 de sus hombres. Se reduce, nada más, a hostigar a la fuerza expedicionaria realista. Tras cuatro días de marcha, sin que los españoles encuentren con quien combatir ni ganado que saquear, deciden regresar a la ciudad. Ya han emprendido el regreso y están a dos leguas de Chicoana, sobre una pampa; ahí ha de saltarles, como de un resorte, la sorpresa: del bosque salen 60 hombres, sólo 60, con el aparente propósito de cerrarle el paso a la nutrida columna española. Ésta carga contra ellos, que huyen al punto hacia el primer bajo del terreno, donde se abren, unos a la izquierda, otros a la derecha, de modo que los españoles adquieren la impresión de que la carga será fácil. En efecto, el escuadrón de Dragones de la Unión es mandado contra esos 60 gauchos en fuga, pero al llegar al bajo se trenza con otros 300 gauchos en línea de batalla, que los acuchillan, los arrollan y derrotan, a las órdenes de Güemes, jefe directo de esta acción. El comandante español Coronel Sardina, al advertir la suerte corrida por sus dragones, envía en su poyo tres escuadrones, pero, mientras tanto, los 300 bravos gauchos se dispersan para encontrarse de nuevo con Güemes, quien se halla en otra bajada con otros 300 hombres, esperando a los escuadrones que acuden en auxilio de los desbaratados dragones.

Güemes ha medido las condiciones del terreno, el espíritu de sus gauchos y las ventajas del elemento sorpresa, con las que confía en balancear en su favor la desproporción del número de hombres y de armamentos. Tercerolas, lanzas, puñales y lazos son todo su armamento. “Las voces individuales con que acompañaban sus golpes –dice Frías-, las lanzas y, más comúnmente, los puñales -cuyas hojas enormes, brillando a la luz del sol, daban siniestro aspecto a la escena- eran circunstancias que caracterizaban sus combates. Era cosa difícil poder herir a estos hombres maravillosamente hábiles para el puñal, si se trataba de hacerlo al arma blanca”.

Ya colocado en ventaja, Güemes espera a los escuadrones enemigos, cuyos jefes nada han aprendido aún de las sufridas experiencias de la guerra gaucha. Esos escuadrones españoles se lanzan por la segunda bajada y en lugar de los gauchos que suponen en fuga se topan con las armas preparadas de los 600

hombres de Güemes. “Los españoles –relata don Miguel Otero-, aunque era menos su número, cuando llegaron al borde del bajío en que los esperaba Güemes, habían perdido su alineación por la ansia de cual primero aprisionaba a los gauchos y se hacía de caballos; y Güemes, aprovechando el momento y sin darles tiempo para reorganizarse, y llevando bien formada su tropa mientras aquéllos estaban en desorden, los cargó con tal ímpetu, que los llevó acuchillando hasta que se guarecieron bajo los fuegos de la infantería. Al presenciar Sardina el contraste de toda su caballería, ordenó en el acto formar cuadro, salvando así que los Patriotas acuchillasen también a su infantería, perdiendo toda la división. Desde ese momento ya no es posible que la caballería española diese frente y cargase a los gauchos para alejar los fuegos que se hacían sobre el cuadro. Conforme los gauchos se preparaban a cargarla, se pasaba al otro lado del cuadro, cambiándose de la izquierda a la derecha, y del frente a retaguardia, eludiendo de este modo, el golpe en cada lance.

“De esta manera las fuerzas de Salta al mando de Güemes obligaron a balazos ese día a las tropas del rey a entrar en la ciudad después de una marcha de seis u ocho leguas en cuadro. El general Sardina recibió una herida mortal, de la que al siguiente o subsiguiente día falleció en Salta. En esta jornada tuvo el ejército real una baja de 300 hombres entre muertos y heridos y prisioneros” (6).

Los españoles, que habían salido en busca de lucha y de victoria, sólo hallaron una descalabrante derrota, que no terminó allí, pues Güemes los persiguió con sus armas de fuego hasta que se refugiaron bajo los techos de la ciudad, ni fue de intrascendente importancia, pues, como añade Otero, “a consecuencia de este triunfo se resolvió la retirada al Alto Perú”. Derrota tal, que los mismos españoles derrotados tuvieron a honra haber participado en la batalla, decretándose para todos ellos la concesión de una medalla, con esta mención: ME HALLÉ EN LA ACCIÓN DEL BAÑADO, nombre con que ellos la bautizaron.

Güemes, glorioso vencedor, no decretó, por su parte, honores. Siguió

(6) Miguel Otero: *Memorias. De Güemes a Rosas*, ed. de 1946, pp. 113-4.

peleando.

No nos detendremos en cada una de las acciones de los gauchos de Salta bajo el comando de Martín Miguel Güemes, que en esos años decisivos para la suerte de las nuevas instituciones republicanas y para la libertad del continente, tuvieron por escenario el actual territorio de la provincia prócer, extendiéndose hacia el altiplano por el actual Jujuy. Hay suficientes crónicas sobre ellas; escrupulosos historiadores han seguido paso a paso la heroica lucha espontánea y popular: Frías, en su monumental historia, y Cornejo en su precisa biografía, han fijado los itinerarios seguidos por el caudillo salteño y sus huestes. Aquello, que tenía perfiles de epopeya, como tuvo sus historiadores, tuvo sus cantores.

Pero no omitiremos consignar que mientras los ejércitos comandados por los generales enviados desde Buenos Aires no acertaban a consolidar sus victorias, sufriendo a las veces, demasiadas veces, desconcertantes derrotas, y las partidas de la guerra gaucha contenían por su sola cuenta al enemigo, otra fuerza se estaba preparando para la decisiva lucha por la Libertad, a favor, precisamente, de la seguridad que aquellas partidas le ofrecían impidiendo la invasión hacia el Sur de las fuerzas españolas.

Los ejércitos de Buenos Aires fracasaron principalmente por estar internamente roídos por el desorden de la oficialidad, la dirección inepta y las consiguientes irregularidades. Entre los hombres de la guerra gaucha, en cambio, nada amenguaba el fervor ni debilitaba la disciplina; a ellos no llegaban las intrigas ciudadanas, aunque no escaseaban, ni hubiesen hecho mella de ningún modo en la íntima compenetración entre jefes y tropa.

Por entonces, San Martín está en Mendoza, preparando en el campamento del Plumerillo el ejército con que ha de trasponer los Andes para la magna empresa. ¿Le habría sido posible hacerlo, de no haber estado resguardado del riesgo del avance de los españoles sobre Tucumán y Córdoba? La respuesta no es dudosa, y ella señala el mérito de Güemes, genio de la guerra campesina, que en cada pedrada y en cada matorral hacía pie para resistir y vencer al invasor.

Pero los recursos de Güemes eran insuficientes para anular definitivamente el peligro de invasión, amenazante una y otra vez. Pero la amenaza no pasó nunca de tal, pues los guerrilleros supieron anular, a costa de inúmeros sacrificios, una intentona tras otra.

No es frecuente tan señalada e ininterrumpida vinculación entre un general de escuela y un general de guerrillas, como la que hubo entre el General San Martín y el General Güemes. Sobre aquél, ya se ha pronunciado unánimemente la historia. Sobre la actuación de éste, víctima de tantas injusticias, reparadas luego, a veces hasta por los mismos hombres que en ellas incurrieron, chocan los juicios más contrapuestos y extremos, desde los que le atribuían la mayor gloria a los que le negaban todo, incluso el coraje, que no dejaron de reconocerle los propios militares españoles a quienes venció vuelta a vuelta. Sin duda, el héroe salteño se habrá dolido de ciertos juicios malévolos, pero en su decisión de luchar sin pausa ellos han de haberle servido como un incentivo más para darse por entero a la lucha.

Un día llega un chasque porteño con un mensaje para Güemes: es el nombramiento de “Coronel Mayor de los Ejércitos de la Patria”, suscripto por Juan Martín Pueyrredón. “Honor a mi amigo que sabe distinguirse –dice Pueyrredón en su mensaje-. El despacho de Coronel Mayor que remito de oficio es una señal de aprecio a los méritos que Ud. está contrayendo en bien de la patria”. Güemes, Coronel para el gobierno de Buenos Aires, General para los campesinos de su tierra, sigue dando guerra al realista.

Otro día, es en 1819, el caudillo salteño comunica al General Belgrano: “Los enemigos de mi frente ya están en Moxo y demás posiciones que antes ocupaban; si vienen, tendrán mis tropas que divertirse con utilidad, lo mismo que las que se preparan a esperar la expedición de Fernando...”.

Salta viene siendo, mientras tanto, la base de todas las operaciones, el ara de todos los sacrificios, el símbolo de la obstinada lucha libertadora. Ya llegan a siete las invasiones realistas: la primera fue la del General Tristán en 1812; la segunda fue dirigida por Pezuela dos años después; la tercera, en 1817, bajo el comando del

General De La Serna; la cuarta invasión llega hasta Humahuaca, bajo la dirección de Olañeta, quien comanda también la quinta, en 1818; un año después llega hasta Tilcara la sexta invasión, con Olañeta y Canterac; y en febrero de 1820, siete mil soldados del ejército real del Perú, bajo el mando de Juan Ramírez y Orozco, llegan a Tupiza. En mayo, una división española entra en la ciudad de Jujuy; toma luego el camino de Salta, y a fines de ese mismo mes, la ciudad es ocupada.

Los gauchos han asumido la responsabilidad de la lucha: disputan “el terreno palmo a palmo, desde la frontera hasta Salta”, escribe Mitre. ¿Dónde dominan, entonces, las tropas españolas? Mitre da la respuesta: “Los españoles no fueron dueños sino de los terrenos que ocupaban con las armas “; el resto, es decir, toda la región pertenece a las guerrillas gauchas, pero, en esta séptima invasión, Güemes desarrolla otro plan táctico. Debe entretener esas tropas para facilitar los planes de San Martín. Hay suficiente documentación en prueba de ello. Entretenerlas era darles guerra, y Güemes se las da con el vigor acostumbrado, y así, para julio de 1820, el enemigo ha sido otra vez expulsado. El parte de Güemes finaliza así: “La gloria que ha reportado la guerra a Salta la hace digna de llamarse sepulcro de los tiranos”.

En esos días, San Martín designaba a Güemes General en Jefe del Ejército de Observación sobre el Perú. ¿Avanzar sobre el Perú? ¡El sueño de Güemes! Realizar la guerra más allá de la frontera de Salta, ¿no habría de ser la noble ambición de semejante guerrero?

Pero la desgracia hace que el caudillo deba atender pleitos domésticos, enfrentar conspiraciones y acudir a la lucha contra el ensoberbecimiento de la llamada “República de Tucumán”, que bajo la dirección de Bernabé Aráoz se ha confinado a sí misma en un egoísmo suicida, desde que se desinteresa de la guerra contra el español. Éste, por su parte, procura explotar las desinteligencias, y avanza de nuevo sobre Salta. En abril de 1821 se produce la octava invasión realista a Salta, siempre bajo el comando de Olañeta; pero los gauchos le cierran el paso y la expedición española debe replegarse.

La crisis interna no ha terminado. El Cabildo depone a Güemes. “Pero Güemes no estaba vencido –dice Atilio Cornejo-. En efecto, informado de la resolución del Cabildo, se negó a acatarla, y al frente de 600 gauchos marchó sobre la ciudad de Salta, a donde llegó el 31 de mayo de 1821. A su sola presencia en Castañares y al grito de *¡Viva Güemes!*, se le pasaron todos los escuadrones de caballería y los vecinos armados que salieron a su encuentro”; tras lo cual pronto se hizo la paz en la ciudad.

El hombre que hizo el milagro de rechazar tantas invasiones a Salta con tan escasos hombres y recursos, que jamás firmó orden alguna que enlutar a un hogar argentino, que en ningún momento hizo del odio estandarte de ambiciones políticas, ese hombre no sólo fue un singular carácter militar, sino también entrañable conocedor del alma de sus gauchos. Se adentró de modo tal en el corazón de sus sencillos paisanos, que hicieron de él como un dios; lo recibían arremolinándose en torno, presurosos de servirlo; y si uno le desataba las espuelas, otro tocaba su poncho con místico fervor; los más altivo lo miraban fieramente con el ánimo suspenso, orgullosos de su jefe. Raramente en nuestra historia, un conductor ha logrado lealmente el afecto de sus soldados como el General Güemes, pero no aprovecha de ello para ambiciosos logros personales, sino para el exclusivo bien de la patria amenazada insistentemente por los realistas en su codicia de invadir el territorio argentino hasta llegar a Buenos Aires.

No había cuartel para los invasores, parecía que el ambiente mismo conspirara contra ellos. Ocultas en las breñas las partidas avizoras, se hacían una misma cosa con la naturaleza, y sorprendían a los españoles como elementos desatados en incontenible ímpetu.

Los altos y pardos cerros conocieron el golpeteo de cascos, las furiosas cargas, el certero revolear de boleadoras, las magistrales enlazadas que alzaban en vilo a los jinetes enemigos, los cruentos choques pecho a pecho al arma blanca, en que constantemente supieron lucirse, con no escaso tributo de sangre y de vida, los guerrilleros salteños. Esos guerrilleros que, después de la batalla de Suipacha, habían admirado a las damas de Potosí con sus uniformes, andaban descamisados

ahora, abierto a la intemperie y a las balas el animoso pecho, hirsuto el cabello y boscosa la barba; éstos, con largas tacuaras rematadas en afilado chuzo; aquéllos, blandiendo filosos cuchillos o viejos fusiles que en el entrevero servían de mazas. Dormían cuando podían, comían de cualquier manera y cuando las treguas de los combates lo permitían. Más de una vez interrumpióse la frugal comida para hacer de las piedras proyectiles contra el porfiado invasor.

Eran los gloriosos centauros que comandaba Güemes. Ellos conocían el terreno a la perfección y sabían de senderos ocultos, como el gran Capitán Saravia que había guido a las fuerzas de Belgrano por una trocha desconocida del enemigo que desembocada en la quebrada de Chachapoya. Los lugares de más arduo tránsito, más quebrados y pedregosos o de más pronunciada pendiente, sabían sortearlos cuando cuadraba para ganar tiempo y adelantarse a los enemigos o aprovecharlos para darles dura lección en sorpresas de las que no se reponían sino para verse vencidos.

Güemes reasume el gobierno; mas la suerte le estaba preparando el supremo revés de la muerte. Las tropas de Olañeta rondan por los alrededores de la ciudad. Algunos anónimos advierten de ello a Güemes, pero éste, con la confianza de los fuertes, desdeña la advertencia.

Muerte de **GÜEMES**

Hay en la historia hombres que parecen jugar con la muerte y burlarse de ella; de pronto, el odio, la traición, el crimen, rompe el sortilegio, y el hombre que desafió cara a cara la muerte es herido o muerto a traición, sin combate, como si la vida sintiera celos de su coraje. Éste es el caso de General Martín Miguel Güemes, el hombre que combatió al par de sus soldados en cien refriegas y dio muestras de impertérrito valor. Una noche oscura, siente penetrar en sus carnes la bala traidora que interrumpe su grandioso destino.

Su cuartel general está instalado a una legua de la ciudad, en el Campo de Velarde, pero él pernocta en su casa, en compañía de su hermana Magdalena. Insisten las versiones de que los españoles andan por las cercanías. Güemes no les da crédito. Mas lo cierto es que los realistas rondan a Salta, entran de noche en ella

y tirotean a Mariano Refojos, ayudante de Güemes, al salir en comisión. Al oír la descarga, Güemes, tan precavido de costumbre, no se hace cargo de la real situación hasta que nuevas descargas lo arrancan de su confianza: los soldados de Olañeta venían por él. Rápidamente montan él y su escolta. ¡Hay que huir a la carrera! Al doblar una esquina, cuando se han librado de varios encuentros y descargas, la última de ellas, disparada a ciegas, le alcanza. Una bala le había penetrado por la espalda. Era la noche del 7 de junio de 1821.

¿Cómo habían conseguido los soldados de Olañeta penetrar en la ciudad? Cornejo explica: “La sorpresa había sido ejecutada, no obstante, con habilidad. En efecto, Olañeta descendió desde las fronteras del Alto Perú hasta las inmediaciones de la ciudad de Jujuy. Aparentando levantar su campo rumbo a Oruro, despachó una división de 600 infantes más o menos, a las órdenes del coronel D. José Ma. Valdés (a) el *Barbarucho*, quien se descolgó por las ásperas sendas de la quebrada de Los Yacones y, subrepticamente, entró en la noche del 7 de junio de 1821 a la ciudad de Salta, sin llevar un solo caballo. Conocía, indudablemente Valdés el lugar ocupado, que su plaza estaba desguarnecida y que Güemes tenía su campamento fuera de la ciudad, listo para cualquier evento. Indudablemente también, manos comedidas dirigieron los pasos del coronel realista, quien, por otra parte, era un verdadero baquiano de todos esos parajes por su hábito de contrabandista...”.

Efectivamente, abortada la revolución del 24 de mayo de 1821, que intentó deponer del gobierno al General, éste destierra a los complotados, conmutando la pena de muerte a Mariano Benítez y Pablo Soria. Pero éstos, cegados por la pasión política, buscan el apoyo de Olañeta y preparan un asalto a la ciudad, utilizando caminos secretos de los cerros, desconocidos por los realistas, a los que introdujeron de noche en Salta.

Este episodio es narrado por Cornejo, después de cotejar distintos testimonios, de esta manera: “Recibió Güemes un aviso anónimo de la aproximación realista, pero no le da crédito; Güemes había establecido su cuartel en el Campo de Velarde, a una legua al Sur de Salta. El 7 de junio de 1821, por la

noche, vuelve a su casa (calle del Comercio, casa de Tejada, hoy calle Caseros número 764), y en compañía de su hermana, Da. Magdalena Güemes de Tejada, despacha algunos asuntos de trámite. Su esposa Da. Carmen Puch, había quedado en la Frontera del Rosario con su padre. Da. Magdalena le informó que, por un pastor, tenía anuncios que por las cercanías de los Yacones se había divisado “como un reflejo de armas”, recomendándole vigilancia. Güemes tampoco dio crédito a esa noticia, pues consideraba imposible que ninguna tropa armada transitara por esas estrechas sendas, agregando, que de ser cierto, ya lo hubiera sabido por sus avanzadas destacadas por la Caldera, y “hasta por los pájaros”. Pero indudablemente, no le respondían por allí sus avanzadas. En ello mandó a buscar al Dr. Pedro Buitrago, fiscal de hacienda, y al oficial Benito Dozo como escribiente, despachando, como dijimos, su correspondencia y asuntos administrativos. Su caballo ensillado y una escolta de 50 hombres, descansaban en la calle. Al poco rato, manda a su ayudante Mariano Refojos a la Casa de Gobierno (casa de Graña), a quien, al atravesar la Plaza Mayor (hoy 9 de julio), le dan el “quién vive”, a lo que responde: “la Patria”. Se oye entonces una descarga que llega a oídos de Güemes. Éste la atribuye a un nuevo movimiento interno, y montando con su escolta se dirige personalmente al lugar de los tiros. A media cuadra de la Plaza, otro “quién vive” detiene su marcha, a lo que responde con firmeza: “la Patria”. Una nueva y nutrida descarga hecha por otra partida realista mandada por D. Luis Archondo (hijo de D. Tomás de Archondo y de Da. Eulalia Ruiz Gómez, propietarios de la finca “Potreros de Ruiz”), obliga a Güemes y su escolta a retroceder. La mayor parte de la escolta se desplaza hacia la derecha, y Güemes, con algunos oficiales, dobla hacia la actual calle Balcarce, rumbo a la casa de su hermana Da. Magdalena Güemes de Tejada (hoy Balcarce esquina España, N.O.). Pero al doblar la esquina Balcarce y Belgrano, rumbo al Naciente, buscando quizá la casa de su madre (calle Belgrano, antes Tagarete de Tinco, entre Balcarce y Mitre, vereda que mira al Sud, casa de la actual Escuela Güemes) o, con más propiedad, con intención de arribar a su cuartel del Chamental, una nueva descarga lo alcanza, logrando herir a Güemes por la espalda, una bala traidora.

Porque fue así, traidora, ya que a Güemes, en buena lid, había que enfrentarlo y herirlo de frente” (7).

Güemes ha sido herido, pero sigue en su cabalgadura; su energía lo mantiene y continúa en la carrera, abrazado al pescuezo de su caballo. Comienza a clarear el día cuando detiene su dolorosa marcha frente a un rancho, donde le auxilian, para internarse luego en el bosque.

Debajo de un cebil colorado busca un poco de descanso, mientras tarda en llegar el doctor Antonio Castellanos. Llega el médico, pero nada puede hacer: al héroe se le va la vida, la ardiente vida corajuda y animadora.

Se dice que Olañeta, el jefe realista, le envió parlamentarios ofreciéndole paz y lisonjas, que el herido rechazó enérgicamente indignado. En su padecer, sólo piensa en que hay que seguir la guerra. Por eso confía al Coronel Jorge Enrique Widt, el guerrero francés que hizo con los gauchos de Salta la guerra campesina, el comando de sus tropas.

La muerte no tarde en llegar. A los diez días del nocturno ataque, “muere el héroe de los gauchos”.

Corrió por los bosques y el valle y las laderas la triste nueva de la muerte del hombre que arrastraba todos los entusiasmos y las simpatías. Una sorpresiva bala perdida tronchó su vida, que tan bellamente supo arder en la llama pasional de la guerra por la libertad. En combate no hubiera muerto, pues su arrojo era su escudo. Debía morir así, en nocturna celada, en un alarde de su confianza acechada por la traición, en paz con su conciencia, mas no con sus enemigos, los enemigos de la patria, de quienes rechaza hasta último momento las ofertas de entendimiento.

¡Muere el prócer, el hazañoso General de los gauchos! ¡Qué honda tragedia para el pueblo! El nombre del caudillo estremecía los corazones y las esperanzas de los paisanos como un clarín que no se puede desoír. Y ahora, bajo el cebil colorado, su espíritu abandona la materia y yace su cadáver. “El anteojo realista – escribió Lugones en la última página de *La Guerra Gaucha-*, distraído un instante,

(7) Ob cit., pp. 116-17

enfocó por despedida la casaca roja. El oro solar fundíase en napa de esplendor. Charreteras y morrión hormigueaban de átomos chispeantes. La luz destelló más todavía; el jefe caracoleó un poco, y entonces, en el sitio que acababa de ocupar su cabeza, resplandeció de lleno el Sol de Mayo”.

El héroe ha muerto, mas el Sol de Mayo seguirá resplandeciendo en cada uno de los paisanos de Salta, en cada uno de los campesinos del valle, de los gauchos morenos de los cerros y quebradas.

La tradición cuenta que en el lugar donde Güemes fue herido, quedó grabada sobre la losa la herradura de su caballo.

El sitio donde murió Güemes ha sido discutido. Su biógrafo más autorizado dice: “Al sitio donde murió Güemes, algunos lo ubican en la finca de Las Higuerrillas (departamento de la Capital); otros, en el paraje de la Higuera; otros en el lugar llamado la Cañada del Indio o, con más propiedad, la Cañada de la Horqueta, que es el que debe aceptarse y en donde se levantó un obelisco el 17 de junio de 1934. En efecto, Güemes, herido en la noche del 7 de junio de 1821 en la esquina de Belgrano y Balcarce de la ciudad de Salta, parte en busca de sus gauchos, rumbo al Chamental, pasando por la Lagunilla, las Higuerrillas, la Cañada de la Tala y la Cañada de la Horqueta, a poca distancia de la Estancia de su madre “La Cruz” y del Chamental, campamento de sus gauchos. Allí fue en donde, al pie de un cebil colorado, murió Güemes...”.

Mas, antes de morir, entregó el mando de sus tropas al Coronel Jorge Enrique Widt, haciéndole jurar sobre su espada que continuaría la guerra contra los realistas, hasta expulsarlos de Salta, deseo que se cumplió gloriosamente, resultando inútil la asesina traición.

Muerto Güemes, el gauchaje pareció desconcertarse ante tan abrumadora realidad. La gran figura entró de inmediato en la leyenda. Aquel amor a la libertad de la tierra natal que el General querido les había infundido, actuó como nunca en sus almas. El mismo fervor, la misma heroica decisión; la tenacidad del sacrificio no los abandonó en momento alguno.

Las tropas invasoras creyeron dominar la situación. Parecía que un viento de fatalidad hubiese abatido los estandartes de la libertad. Pero fue para los godos simple ilusión: los gauchos siguieron peleando con la misma decisión, con el mismo ímpetu de cuando obedecían las órdenes de su caudillo. Por lo tanto, debieron capitular y retirarse de Salta, humillados y vencidos, y dar por terminada toda campaña en el Norte argentino, desapareciendo de este modo el peligro que se había cernido sobre las Provincias Unidas del Río de la Plata durante más de diez años.

Sin él (Güemes), Salta probablemente no hubiera sido lo que fue: el baluarte de la independencia...” –dice Frías, para continuar citando al Coronel Quirós: con cuyos “extraordinarios esfuerzos consiguió dar lugar y tiempo para que se formen, disciplinen y armen los ejércitos del Tucumán y Mendoza, y para que el héroe San Martín haya recuperado Chile y se haya avanzado a la gigante empresa de rendir la capital de Lima y las más ricas y opulentas de sus provincias” (8).

Un testimonio de suma importancia para comprender el efecto y la reacción que tuvo entre el pueblo salteño la muerte de Güemes, es éste del Dr. Juan Ignacio Gorriti: “Apenas se divulgó que Güemes había muerto, cuando todo el teatro se mudó; lo que le hacían corte se le empezaron a extrañar; y el celo ilustrado de los patriotas fue poderoso para imponer al General Olañeta y forzarlo a una capitulación que será un monumento de oprobio para este general y de gloria para los salteños que la negociaron. Olañeta, vencido como estaba, se obligó a evacuar la provincia acéfala, a no embarazar de ningún modo la organización de ella, a hacer una estación al Oeste de Jujuy sin cometer la menor hostilidad, sin que la Provincia se obligase a otra cosa que proveerle, por su dinero, el ganado necesario para la mantención de la tropa. A la vista, pues, de un ejército del Rey, se organizó el sistema representativo, se hizo la ley fundamental, y las fuerzas realistas que anualmente hacían una o dos visitas a la Provincia, aunque fuese entrada por salida, no osaron más insultarla” (9).

(8) Frías, ob. cit., tomo III, p. 371.

(9) Citado por Atilio Cornejo en pp. 328-9 de ob. cit.

Efectivamente, el 14 de julio de 1821, veintisiete días después de la muerte de Güemes, Olañeta, que había creído dominar el teatro de sus numerosas acciones e invasiones, tuvo que pactar con las nuevas autoridades. De nada había valido a los enemigos políticos del caudillo, aceptar la ayuda de los enemigos de la patria, para asumir el poder. Otro espíritu reinada en Salta; ya no se podía volver atrás.

Cerrando esta epopeya en la nueva patria que surgía y en el sentir de los patriotas la necesidad de hechos improrrogables, el armisticio fue sancionado por la Cámara el 21 de julio de 1821, a la vista de los invasores impotentes, y el 21 de agosto del mismo año, se aprobó el tratado definitivo, siendo gobernador de la provincia D. José Antonio Fernández Cornejo.

Dos años después, el pueblo lleva de la capilla del Chamental, en donde quedaron sepultados, a la Catedral de Salta, los restos del Caudillo joven, del Campeón de la Libertad en el Norte.

Juana Manuela Gorriti, la ilustre escritora salteña, recordó en excelente prosa aquella procesión que, partiendo de la casa de Gobierno de la ciudad, se dirigió al lugar mencionado: “Después del fúnebre grupo, venía una inmensa muchedumbre, pueblos enteros, que de largas distancias habían venido para tributar al grande hombre su ofrenda de lágrimas y plegarias. La ciudad guardaba un profundo y doloroso silencio, interrumpido sólo por el clamor de las campanas, las preces de los sacerdotes y los sollozos de la multitud. La fúnebre procesión pasó ante mis ojos como una visión mística...

“A la puerta lo esperaba un grupo de soldados pertenecientes a las guarniciones de Humaguaca y Río de Valle.

“-Señor –dijo uno de ellos, adelantándose cabizbajo-, hemos desertado para venir a ver otra vez a nuestro General para acompañarle hasta su última sepultura y llevarnos estas reliquias suyas.

“A estas palabras, cada uno de ellos sacó de su seno un rizo de los negros cabellos de Güemes. Mi padre contempló enternecido a esos hombres leales y les dijo, enjugando furtivamente una lágrima: Id en paz, amigos míos, y referid a vuestros compañeros lo que habéis visto, y cómo llora la patria a sus héroes”.

Salta lo siguió llorando.

El gran escritor Leopoldo Díaz incorpora la silueta de Güemes y sus gloriosos gauchos en hermosos versos:

GÜEMES

*En su corcel con ímpetu lanzado,
En la diestra la espada refulgente,
Noble el semblante, altivo el continente
Cruza veloz el paladín osado.*

*De Vilcapugio vengador airado,
Avanza con la furia del torrente,
Y en el confuso batallar ardiente
Triunfante agita su pendón sagrado.*

*¡Güemes no ha muerto! ¡Su heroísmo aún late!
Se alzarán de la tumba que lo encierra
Si el patriótico espíritu se abate.
Y estremeciendo la argentina tierra,
Convocará con su clarín la guerra
Otra vez sus centauros al combate.*

Retrato de GÜEMES

Muy difundida es la efigie del caudillo con su poblada barba, su tez pálida, en la que se destacan unos ojos profundos, avizores, bajo la amplia frente firme. Pero, como hace notar Bernardo Frías, el uso de la barba fue una imposición de la política de la época, pues de ese modo se acercaba más a sus gauchos. La moda de entonces era usar la barba en forma de U. Güemes usaba de todos los medios para inspirar confianza a sus gauchos, y uno de ellos era compartir sus jornadas, viviendo las mismas costumbres.

El joven oficial solía usar el brillante uniforme de húsar, destacando su rostro pálido sobre la chaqueta blanca cubierta de alamares de oro; sobre el pantalón blanco lucían las negras botas. Y todo el aderezo del caballo era de oro. Su presencia gallarda deslumbraba, al pasear en traje blanco por la ciudad de Salta; pero en el campamento viste como sus gauchos y usa guardamonte igual que ellos. Y, llegado el momento, corta su tajada de asado con su cuchillo. Había sido educado en las maneras de la mejor sociedad salteña; no obstante, aprendió a dormir sin lecho alguno, bajo el benigno fulgor de las estrellas, junto un árbol o apoyando la cabeza sobre el simple recado. Así tonificaba su cuerpo y se acostumbraba a la dura vida del gaucho.

Este alternar de la sociedad y el campo lo condicionaron para ejercer el mando supremo, como Gobernador de una provincia de prestigiosa vida social, lo mismo que para ser el jefe de los heroicos gauchos, que sólo sabían de la enérgica y ruda vida rural.

Como caudillo, no habría alcanzado el perfil glorioso de Conductor si no hubiese sido, también, un gaucho, en el más amplio sentido del vocablo, de modo que sus hombres lo reconocieran como uno de ellos.

Dotado de clara inteligencia natural, tenía la decisión pronta, puesto que era de rápida intuición. Y, como muy bien dice Bernardo Frías: “Mostró saber cumplir con las leyes del buen tono así en las funciones oficiales y públicas que tuvo más tarde que desempeñar en el laborioso y dilatado período de su figuración, como en el salón más aristocrático y distinguido, cuya atmósfera había aprendido a respirar desde niño; mostrando siempre su bizarra figura por todo extremo lujosa, e inclinado a los rigores de la moda en el traje o en la barba, que más tarde cambió por las exigencias de la política en un sistema original”.

Su influencia sobre el gaucho llegó a ser extraordinaria; ella se originaba en su sobresaliente condición de mando, que sabía alternar con el consejo oportuno, el interés individual por cada uno de sus hombres, que se extendía a las minucias, pues estaba siempre en el secreto de las necesidades de cada uno y de los incidentes de sus vidas, comprendiendo con tolerante espíritu sus errores o

pasiones. Su fortuna siempre estuvo al servicio del gaucho necesitado. Y cabe destacar que estos rasgos psicológicos fueron comunes a todos nuestros caudillos, en virtud de lo cual los hombres se les entregaban incondicionalmente.

Güemes hizo la guerra del Norte, rechazando una invasión tras otra, sin promesas, sin galardones, sin otro premio que el de la libertad de la propia tierra. Insufla a sus hombres un tan poderoso espíritu de amor patrio, que lo siguen hasta la muerte sin titubeo alguno.

Y mientras ellos caían en homérica lucha, sus hermanos se hundían en fratricidas guerras civiles, que habrían de retardar la organización definitiva del país.

El notable desdoblamiento de la personalidad de Güemes, para adecuarse al ambiente sin mengua de su integridad, lo hará centro de su campamento, lo mismo que de las casas señoriales de Salta.

Si bien fue hombre de pasiones fuertes, supo ser bondadoso y sereno frente a los numerosos enemigos políticos que aparecieron durante su continuado gobierno. Como todos los historiadores lo han reconocido, jamás el odio lo cegó hasta el punto de ordenar la muerte de un enemigo político. Pues, según hace notar el historiador antes citado, “a pesar de no conocer las cuestiones de derechos constitucional que autorizan a un jefe en tiempos de emergencia con facultades extraordinarias, prefirió el confinamiento al fusilamiento”.

Gaucho y señor, jefe y amigo, consejero muchas veces. Admirable compañero de su esposa en el hogar familiar, aunque desde su primera juventud mostrara su profunda inclinación amorosa.

Pero el signo primero de este espíritu vigoroso y firme personalidad, era su entrañable amor a la patria, a la que deseaba libre de toda tiranía y en cuya grandeza futura creía.

Entre todos los que han escrito sobre esta singular figura del Norte, pocos han logrado dar una visión apoteósica, casi homérica, del gran Conductor, como la bellamente lograda por el poeta Leopoldo Lugones. En ella, el autor penetra en el

alma de su héroe, la destaca en contraluz áureo, haciéndola surgir como de un bronce luminoso. He aquí la evocación lugoniana:

“Encumbrábase en la frente del caudillo un solemne orgullo. Incensábanlo con la frescura del día vigorosos aromas. El eco repercutía detonaciones de combate y explosivos relinchos de charanga. En el derruido suburbio maniobraban los últimos batallones.

“La radiación solar circuía en fuego su cabeza. Serenábase su frente y el júbilo predecía venturas.

“Pura luz era lo que se vanagloriaba en su elación. Ideas, no sino grandes y por la patria; recuerdos, todos de proezas; inspiraciones, las del triunfo, prescribiendo a su rivales en desquite magnánimo, a manera de perdón, la comunidad de los laureles. Inauguraba la libertad allá en su monte, resarciéndose de la adversidad con la victoria. Sólo dos podían gloriarse tanto: él en los Andes del norte; en los del occidente el Otro...”.

Tal la visión magistral del héroe máximo del Norte argentino, a través de la elocuente pluma de nuestro gran poeta.

MAGDALENA GÜEMES DE TEJADA

Macacha Güemes, como la llamaban familiarmente sus amigos, y luego, cariñosamente, todos, fue una mujer de singular personalidad y atrayente belleza. La naturaleza se había complacido en dotarla de esa simpatía y don de gentes que es ya la mitad del triunfo en la vida social. Fue la preferida de su hermano, el General Martín Miguel Güemes, quien solía consultarla en los momentos más difíciles, por lo cual el historiador don Bernardo Frías la calificó como “un verdadero ministro”.

Magdalena Güemes de Tejada nació en Salta el 13 de diciembre de 1787 y falleció el 7 de junio de 1866. Estaba casada con don Ramón Tejada, habiéndose celebrado su matrimonio el día 24 de octubre de 1803.

En el momento que su hermano Martín llega al poder, las pasiones están exaltadas; los odios, enconados; es ella, Macacha, quien atenúa la violencia del

gobernante que, ante el constante peligro de la patria amenazada por los realistas, no vacila, a veces, en tomar medidas drásticas contra hombres que olvidan las circunstancias históricas para dar paso sólo a sus ambiciones políticas. En esas horas de acritud y de pasiones encontradas, Magdalena sabe decir la palabra oportuna o el ruego clemente que calma el impulso, serena el ánimo de quien timonea uno de los instantes más difíciles del gobierno de Salta.

Hasta en el minuto trágico de la vida de su hermano predilecto, cuando la muerte artera lo espera en la calle, en las traidoras sombras de la noche, ella, Macacha, le da la advertencia postrera, le advierte que ha recibido noticias de haber sido avistados soldados enemigos en los cerros y le sugiere la posibilidad de una traición. Quizá en el instante postrero de la agonía, el General Güemes recordó las palabras de su hermana y la jactanciosa respuesta suya:

-¡Lo sabría hasta por los pájaros!

Esta mujer de recio espíritu era capaz del combate, y más de una vez se la vio revistar a los gauchos que habían combatido con el invasor obstinado.

En su *Historia de Salta y de Güemes*, Bernardo Frías dice, al señalar a Macacha Güemes: “Cuando su hermano Martín llegó al gobierno, era ya esta joven señora verdadera celebridad en el mundo político de su país; porque la multitud de bellas cualidades con que quiso el destino adornarla, la constituyeron en personaje de la mayor espectabilidad y cuenta”.

De maneras distinguidas, afable, de insinuante voz y clara inteligencia, siempre era grata su presencia, pero siempre imperativa, lo mismo cuando arengaba a las tropas que cuando conversaba en los salones. Fluía de ella ese natural imperio que parece ser la segunda naturaleza de ciertas personas. En verdad, era el fruto de una sociedad evolucionada y había heredado las cualidades morales y varoniles de sus antepasados.

Los gauchos la idolatraban, porque veían reproducirse en ella los signos característicos de la raza toda.-